

LLEGÓ A DONDE ESTABA ÉL

**CAMINANDO HACIA LA
GRAN MISIÓN DIOCESANA
AÑO DE LA ESPERANZA**

**Joaquín María López de Andújar
y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe**



LLEGÓ A DONDE ESTABA ÉL”

*Un samaritano que iba de viaje **llegó a donde estaba él**
y, al verlo, se compadeció (Lc 10,33).*

Introducción.

I. Hacer memoria del año de la fe.

II. Insertar lo nuevo en lo cotidiano:

1. Alentar un espíritu misionero en la organización misma de la pastoral diocesana y, en especial, de la pastoral parroquial.

2. Dar prioridad a una pastoral misionera desde la catequesis de iniciación.

3. Promover el compromiso misionero hacia una sociedad justa y responsable. Promover la pastoral familiar y la Doctrina Social de la Iglesia.

4. Desarrollar procesos misioneros permanentes.

III. Superar temores y cansancios.

IV. Dinamismo de la Misión:

1. Escuchar devotamente.

2. Custodiar celosamente.

3. Transmitir fielmente:

a) Nosotros podemos hablar de Dios porque Él ha hablado con nosotros.

b) El método de Dios es el de la humildad.

c) Comunicar la fe es decir abiertamente lo que uno ha visto y oído en el encuentro con Cristo.

d) Comunicar la fe es mostrar a los hombres la transparencia de Dios en sus obras y, especialmente, en nosotros.

e) La comunicación de la fe debe tener siempre una tonalidad de alegría.

f) Hablar de Dios quiere decir hacer comprender con la palabra, y la vida, que Dios no es el rival de nuestra existencia, sino su

verdadero garante.

V. Itinerario a seguir.

1. Calendario de fechas importantes.
2. Constitución de los equipos misioneros.
3. Preparación de los proyectos misioneros.

VI. Mirar a María.

ANEXO I: CATEQUESIS SOBRE LA ESPERANZA.

Tema 1. El primer encuentro.

Tema 2. La falsa esperanza.

Tema 3. Vida eterna, verdadera esperanza.

Tema 4. Esperanza en comunión: la Iglesia.

Tema 5. La oración, escuela de esperanza.

Tema 6. El aprendizaje de la esperanza: actuar y sufrir.

Tema 7. El juicio de Dios es esperanza.

Tema 8. María, estrella de esperanza.

ANEXO II. EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS

LLEGÓ A DONDE ESTABA ÉL

“Un samaritano que iba de viaje **llegó a donde estaba él** y, al verlo se compadeció”(Lc 10,33).

Introducción.

Queridos hermanos y hermanas, sacerdotes, diáconos, seminaristas, consagrados y laicos:

En mi carta pastoral “Llenos de amor por el hombre, con la antorcha de Cristo en la mano”, del 15 de Junio de 2012, os proponía conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la Diócesis promoviendo una Gran Misión. “El Señor nos llama -os decía- a todos y cada uno de nosotros para que en el seno de la Iglesia, en nuestra Diócesis, anunciemos el Evangelio de Cristo a los que no lo han recibido plenamente, a los que lo recibieron, pero se alejaron de la Iglesia y, también, respetuosamente, a los no creyentes o a quienes se confiesan agnósticos o abiertamente ateos”.

Hablar de Misión para un determinado año, en modo alguno significa que hasta que llegue ese momento la Iglesia se despreocupa de la Misión. La Iglesia siempre es misionera; la Iglesia existe para la Misión. Si proponemos una fecha determinada para unirnos en la Misión es porque, como os decía en mi carta anterior, estos veinticinco años transcurridos han ido configurando nuestra historia familiar con una identidad y personalidad propia y la Gran Misión ha de ser para nosotros un momento que nos ayude a fortalecer los vínculos diocesanos, a acrecentar nuestra vocación misionera, a reflexionar juntos sobre los logros y retos que suponen estos veinticinco años de historia y a mirar el futuro con esperanza.

La Gran Misión ha de ser un momento de gracia para renovar, con espíritu misionero, nuestros proyectos pastorales y nuestros modos de pensar y de actuar; y para abrirnos a la novedad de Dios. Porque lo cierto es que en la Iglesia siempre hay novedad. Y la novedad está dada por los desafíos que nos marca el tiempo presente, la época que

estamos viviendo. Esta es la maravilla de la presencia del Espíritu en la Iglesia. El Espíritu siempre sopla para encontrar lo nuevo en lo ordinario, renovando lo cotidiano, porque es Cristo el que hace nuevas todas las cosas. “Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando no lo notáis” (Is 43,18).

La parábola del Buen Samaritano puede servirnos de “ícono” para entender la Misión. Jesús es el “buen samaritano” por excelencia. El “buen samaritano vio al hombre caído, se conmovió, se acercó, le curó, le subió en su cabalgadura, le llevó a la posada, y pagó al posadero para que lo cuidara. Jesús es el verdadero prójimo del hombre caído por el pecado, es el Bendito que viene en el nombre del Señor, el Dios con nosotros, el Dios que estará con nosotros hasta el fin del mundo. El despojo que supone esta apertura del Señor, esta cercanía, este dejarse tocar por la gente que lo reclama y lo va como “deshilachando”, sacándole gracia tras gracia, es un despojo total que tendrá su expresión máxima en la Cruz, pero que el Señor fue viviendo día a día.

La Gran Misión no la hacemos nosotros; la hace el Señor con nosotros. Sólo viviendo la comunión plena con el Señor, en el Misterio de su Cruz y Resurrección, podremos ser, a modo de “buenos samaritanos”, verdaderos misioneros.

I. Hacer memoria del año de la fe.

En este tiempo transcurrido hemos empezado ya a prepararnos para la Gran Misión, caminando con toda la Iglesia en el Año de la Fe. Han sido muchas las iniciativas pastorales y muchos también los frutos. Hemos vivido el acontecimiento de la renuncia del Papa Benedicto XVI y la llegada al pontificado del Papa Francisco. Y hemos recibido como uno de los primeros frutos de este pontificado la Carta Encíclica *Lumen fidei*.

En la fe, nos dice el Papa en esta Carta, “reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra Buena y, que si acogemos la Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro,

y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios”¹.

Esta admirable “urdimbre” de las tres virtudes teologales es la que queremos ir desplegando, con la gracia de Dios, en la preparación para la Gran Misión. Al Año de la Fe, seguirá el Año de la Esperanza y el Año de la Caridad. Con este dinamismo de las virtudes teologales queremos seguir caminando hacia la plena comunión con Dios, como Iglesia diocesana, siendo misioneros y atrayendo a la vida divina a esa gran multitud de hermanos nuestros que aún no han descubierto el gozo de la fe. Tenemos que anunciar a nuestros hermanos que Dios nos ama, que su existencia no es una amenaza para el hombre, que está muy cerca de nosotros con el poder salvador y liberador de su Reino, que nos acompaña en la tribulación y que alienta incesantemente nuestra esperanza.

En el todavía corto, pero muy intenso ministerio, del Papa Francisco, hay una llamada constante a la Misión. Una llamada que ha resonado con fuerza en la reciente JMJ de Río de Janeiro. “¿Qué es lo que espero como consecuencia de la JMJ? -les decía a los jóvenes peregrinos llegados de Argentina-: Espero lío. (...) Quiero lío en las diócesis, quiero que se salga afuera. Quiero que la Iglesia salga a la calle, quiero que nos defendamos de todo lo que sea mundanidad, de lo que sea instalación, de lo que sea comodidad, de lo que sea clericalismo, de lo que sea estar encerrados en nosotros mismos. Las parroquias, los colegios, las instituciones, son para salir, si no salen se convierten en una ONG y la Iglesia no puede ser una ONG”. El Papa no quiere que caigamos en la trampa del secularismo que pretende que la Iglesia se doblegue a los dictados de la moda y se contente con ser una ONG piadosa para consuelos privados y para algunos servicios humanitarios.

Y en el encuentro con los voluntarios, fue todavía más lejos. Les habló de la revolución de los santos, “Dios nos llama a todos a la santidad, a vivir su vida. (...) Os pido que seáis revolucionarios, os pido que

¹ FRANCISCO. *Lumen fidei*, 7

² FRANCISCO. Palabras a los jóvenes argentinos. Catedral de S. Sebastián de Río de Janeiro. 25 de Julio de 2013.

vayáis contracorriente, os pido que os rebeléis contra esta cultura de lo provisional que cree que no sois capaces de asumir responsabilidades, que no sois capaces de amar verdaderamente. Yo tengo confianza en vosotros, jóvenes, y pido por vosotros. ¡Atrevedos a ir contracorriente! ¡Atrevedos a ser felices! porque, a fin de cuentas, Dios llama a opciones definitivas, tiene un proyecto para cada uno: descubrirlo, responder a la propia vocación, es caminar hacia la realización feliz de uno mismo”³.

El Papa nos invita a sentir la urgencia de la Misión: “Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. (...) La Palabra recibida se convierte en respuesta, confesión y, de este modo, resuena para los otros, invitándolos a creer. (...) La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz”⁴. Anunciar a Jesucristo en nuestros días exige coraje y espíritu profético. Hemos de ser muy conscientes de que la fe ha de llevarnos a engendrar modelos culturales alternativos para la sociedad actual. Esos modelos ya existen y, con espíritu misionero, se los debemos mostrar al mundo.

Os animo a preparar con entusiasmo la Gran Misión. Os invito a reflejar en vuestra vida la luz de Cristo. Y que esa luz brille en el corazón de todos los hombres. Este Año de la Fe nos ha ayudado, como pedía Benedicto XVI, a descubrir el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia y del Pan de Vida ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. *Jn* 6,51). El Señor nos sigue diciendo con insistencia: “Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna” (*Jn* 6, 27)⁵.

II. Insertar lo nuevo en lo cotidiano.

Una preocupación que surge inmediatamente es ¿cómo insertar la novedad de la Gran Misión en la pastoral ordinaria? ¿Supone la Gran Misión una interrupción de las tareas ordinarias de nuestras

³ FRANCISCO. Palabras a los voluntarios de la JMJ. Rio de Janeiro. 28 de Julio de 2013.

⁴ FRANCISCO. *Lumen fidei*, n. 37.

⁵ Cf. BENEDICTO XVI. *Porta fidei*, nn. 2-3.

parroquias, movimientos, asociaciones, colegios o comunidades? Pensar esto sería absurdo. No sólo no debe interrumpir las tareas ordinarias sino que debe dinamizarlas.

En la Gran Misión tenemos por delante la apasionante tarea de hacer renacer el celo evangelizador de nuestras comunidades eclesiales, en el horizonte exigente y comprometido de la pastoral ordinaria, de acentuar la necesidad de una conversión pastoral y un estilo misionero en toda actividad pastoral cotidiana. Para ello, la Gran Misión, nos ofrece la posibilidad de realizar proyectos de misión organizados, capaces de llegar a todos los ámbitos de la vida social y de formar espiritualmente misioneros, llenos de Dios, que, como buenos samaritanos, encarnen y hagan visible este renovado estilo misionero. Esto permite que cada comunidad eclesial pueda adecuar su camino misionero vinculándolo con las prioridades pastorales que se vienen trabajando. Así la misión no aparecerá como punto de partida o como algo desvinculado de la vida ordinaria sin tener en cuenta el camino anterior, sino que vendrá a renovar y potenciar lo que se está haciendo”⁶.

Podemos señalar, en concreto, cuatro ámbitos de la pastoral ordinaria que la Gran Misión puede y debe dinamizar:

1.- Alentar un espíritu misionero en la organización misma de la pastoral diocesana y, en especial, de la pastoral parroquial.

Para que la Misión no quede sólo en un gesto misionero, el gran desafío es el de renovar la pastoral ordinaria, desde un nuevo estilo misionero. Para ello es fundamental poner la mirada en la parroquia como institución pastoral privilegiada en la tarea evangelizadora. Cada parroquia, bajo el impulso de la Misión ha de renovarse en orden a aprovechar la totalidad de sus potencialidades pastorales para llegar, efectivamente, a cuantos le están encomendados. Para ello es muy importante saber acoger con cordialidad y respeto a quienes se acercan a nuestras parroquias. Será una ocasión para mostrar el rostro maternal de la Iglesia y para considerar estos encuentros como momentos privilegiados para la evangelización y ocasión para dar testimonio personal de Cristo. La Misión comienza, en el momento

⁶ Cf. CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS ARGENTINOS. 20 de Agosto de 2009.

mismo en que alguien descubre a la Iglesia como casa y escuela de la comunión⁷.

La Misión tiene que ayudarnos a promover una pastoral acogedora de las personas y de sus búsquedas, sufrimientos, dudas, temores y oscuridades. Esta pastoral acogedora requiere tener espacios cálidos y acogedores, para recibir a las personas y, sobre todo, corazones llenos de amor divino, capaces de escuchar. Tenemos que decir: no a la burocracia innecesaria, no al desinterés, a la frialdad o a las prisas; sí a la actitud llena de afecto; sí a la cercanía; sí a la ternura. El Papa Francisco nos decía recientemente: “Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras la batalla”⁸.

2.- Dar prioridad a una pastoral misionera desde la catequesis de iniciación.

Todos somos conscientes de la dificultad que hoy existe en la transmisión familiar de la fe. Muchos niños nos llegan a la catequesis sin saber hacer la señal de la cruz y cada vez se retrasa más el momento del Bautismo e, incluso, ya en muchos casos, ni se celebra. Hoy va siendo cada vez más frecuente ver en nuestros barrios muchos niños sin bautizar. Y si no hay Bautismo no existe el vínculo primero y más esencial con la Iglesia, y no existe, por tanto, ningún grado de pertenencia a ella como familia.

Hay que pensar en cómo afrontar una decidida pastoral bautismal, donde la invitación a los padres, a partir del anuncio del Kerigma, consista en presentar el Bautismo como la puerta de la fe y camino para esa vida plena, que todos los padres desean para sus hijos.

La novedad misionera debe estar en agregar a la preparación pre-bautismal, una pastoral post-bautismal, donde la Iglesia haga visible que se hace cargo de los hijos que engendra. Y que este camino post-bautismal oriente y acompañe a los bautizados, y a sus padres, hasta la culminación de la catequesis de iniciación en la Confirmación y la Eucaristía.

⁷ Cf. JUAN PABLO II. *Novo millennio ineunte*, 73.

⁸ FRANCISCO. Entrevista en La Civiltà cattolica. Agosto de 2013.

La novedad misionera ha de estar también dirigida hacia los adultos, no bautizados, para ofrecerles el catecumenado diocesano bautismal; y a todos aquellos que, estando bautizados, se alejaron de la fe para que siguiendo también un camino catecumenal, llegan al encuentro personal con Cristo y con la Iglesia.

Hemos de aprovechar este impulso misionero de toda la Diócesis para despertar en nuestros catequistas la inquietud misionera y para acrecentar la conciencia de su vocación bautismal que les convierte en discípulos del Señor y en misioneros de la fe, ayudándoles a desarrollar el potencial misionero que hay en cada bautizado.

3.- Promover el compromiso misionero hacia una sociedad justa y responsable. Promover la pastoral familiar y la Doctrina Social de la Iglesia.

“Precisamente por su conexión con el amor (cf. *Gal* 5.6), la luz de la fe se pone al servicio concreto de la justicia, del derecho y de la paz. La fe nace del encuentro con el amor originario de Dios, en el que se manifiesta el sentido y la bondad de nuestra vida, que es iluminada en la medida en que entra en el dinamismo desplegado por ese amor, en cuanto que se hace camino y ejercicio hacia la plenitud del amor. La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida en común. La fe no aparta del mundo, ni es ajena a los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo. Sin un amor fiable, nada podría mantener verdaderamente unidos a los hombres. (...) La fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas, porque capta su fundamento último y su destino definitivo en Dios, en su amor y así ilumina el arte de la edificación, contribuyendo al bien común”⁹.

La Misión ha de abrir nuestros ojos, como nos dice el Papa, a las necesidades de los hombres para poner la luz de la fe al servicio de la justicia, del derecho y de la paz. La Misión nos invita a presentar la Doctrina Social de la Iglesia, en nuestra pastoral ordinaria, como camino formativo y de compromiso con la construcción de la sociedad y, en especial, poniendo el énfasis en la pastoral familiar y educativa.

⁹ FRANCISCO. *Lumen fidei*, 51.

Desde esta perspectiva, la Misión, debe ayudar a caer en la cuenta de la escasa participación de los cristianos en los asuntos públicos como agentes de transformación de la vida social, económica y política, y a despertar vocaciones para el compromiso social y público.

La Misión ha de hacernos salir también al encuentro de las necesidades de los pobres y de los que sufren y crear las estructuras justas que son una condición sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad.

4.- Desarrollar procesos misioneros permanentes.

Junto con la renovación misionera de la pastoral ordinaria, habrá que extender la presencia misionera, al modo de un proceso permanente, incluyendo aquellas acciones puntuales que ayuden a encender y mantener vivo el ardor misionero. No nos podemos contentar con esperar a los que vienen. Por tanto, imitando al Buen Pastor que fue a buscar a la oveja perdida, una comunidad evangelizadora ha de sentirse movida constantemente a expandir su presencia misionera en todo el territorio que ha sido confiado a su cuidado pastoral y también en la misión orientada a otros pueblos. “Lo nuestro es promover procesos, más que llenar espacios. Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en los procesos de la Historia. Esto nos hace preferir las acciones que generan dinámicas nuevas. Y esto exige paciencia y esperar”¹⁰.

Este es el ámbito que más reclama una pastoral de conjunto diocesana. Es el Obispo, junto a todo el presbiterio, los religiosos y religiosas y los fieles laicos quienes han de descubrir, cuáles son las realidades más necesitadas de la luz del Evangelio, y cuáles son los procesos de evangelización misionera que debemos promover. La Misión ha de ayudarnos a entender que hay acciones misioneras que desbordan la capacidad de nuestras parroquias o grupos apostólicos. Pensemos en el mundo de los jóvenes, en el mundo de la educación, de la sanidad, de la universidad, y en tantos otros a los que sólo podremos llegar si tenemos una mirada amplia y una capacidad de participación en las iniciativas misioneras que se promuevan desde la Diócesis. Hemos de salir de una visión cerrada y absolutizadora de nuestras parroquias, movimientos, carismas o grupos eclesiales, para

¹⁰ FRANCISCO. Entrevista en La Civiltà cattolica. Agosto de 2013.

entrar en un verdadero espíritu de comunión misionera, en una espiritualidad de comunión y participación.

III. Superar temores y cansancios.

A la hora de plantearnos la Misión surgen, sin duda, muchos temores, desconfianzas y cansancios y buscamos motivos para no entrar en algo que, en cierto modo, nos va a sacar de la rutina ordinaria de nuestro trabajo pastoral. Y nos hacemos muchas preguntas y ponemos muchos obstáculos para justificar nuestra no participación en la Misión.

He oído a algunas personas, especialmente sacerdotes, que al proponerles la Misión me han dicho: “Lo que se propone en la Gran Misión ya lo vengo realizando en mi Parroquia desde hace años”; “la Misión va a sacar a la gente de mi parroquia”; “la Misión va a multiplicar hasta la saciedad, encuentros y reuniones para hablar en todas ellas de lo mismo”; “tenemos a la gente agotada con tantas reuniones”; “siempre son los mismos los que participan en todo”; “yo ya tengo mi parroquia organizada y esto no hace más que complicarme la vida.”; “al final, después de tantos proyectos y tareas, todo va a seguir igual, seguirán en la Iglesia los que ya están en ella y seguirán estando fuera los que están fuera.”; “las cosas diocesanas, al final terminan por debilitar la vida parroquial”.

No dudo de que, en estas objeciones, puede haber algo de verdad. Pero reconozcamos también que, muchas veces, detrás de ellas están nuestras “huidas”, nuestros “miedos” y nuestras “debilidades”. Creo además que algunas de estas objeciones son infundadas. La Misión no va a sacar a la gente de la parroquia, sino que la va a ayudar a incorporarse más a ella, a quererla más y a verla como un lugar privilegiado para acoger a todos, y para salir al encuentro de los que están lejos. La Misión no va a multiplicar innecesariamente reuniones, sino que va a llenarlas de más contenido. La Misión no va a convocar sólo a los que ya se vienen reuniendo, sino que va a hacer posible que se incorporen a ella muchas personas que, como los obreros de la última hora de la parábola, permanecen todavía inactivos¹¹. La Misión, ni va a complicar la vida de las parroquias, ni va a debilitar

¹¹ Cf. Mt 20,1-16.

sus actividades, sino que las va a fortalecer introduciendo en ellas el “viento impetuoso” del Espíritu que renueva todas las cosas¹².

Me permito invitaros a una reflexión, a partir de la pedagogía que Jesús sigue con sus discípulos, sobre estas objeciones interiores. Quiero que todos, empezando por mí, reconozcamos, la necesidad que tenemos de conversión. En la pedagogía de Jesús, conversión y misión van siempre unidas¹³.

Cuando meditamos en el Evangelio la pedagogía que Jesús sigue con sus apóstoles y especialmente con Pedro para irles preparando a la misión que les va a confiar, es muy conmovedor ver cómo va corrigiendo sus errores, les va reprendiendo en sus equivocaciones y, sobre todo, les va perdonando sus pecados con infinita paciencia y misericordia. Jesús quiere hacerles ver que la llamada que han escuchado y el ministerio que van a recibir no dependen de sus propios méritos. Les hace comprender que todo es pura gracia y que si son corregidos, una y otra vez, en este ámbito de la elección gratuita y de la fidelidad definitiva por parte del Señor, es signo de su gran amor por ellos.

El Señor, que es grande en su amor, cuando nos llama a la conversión, lejos de agobiarnos o empequeñecernos, lo que hace es confiar en nosotros y animarnos a ser grandes en su Reino. De la mano de la reprensión del Señor, siempre viene su misericordia abundante.

Os invito a poner delante de vuestros ojos el pasaje de Lucas sobre la vocación de los primeros apóstoles y lo que podríamos llamar la primera confesión de fe de Pedro (*Lc 5,1-11*). La escena se desarrolla en el contexto de la predicación de Jesús. Una vez que la gente se agolpaba en torno a Él para escuchar la palabra de Dios, estando Él de pie, junto al lago, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de ellas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. El Señor enseña a la multitud desde la barca de Simón, símbolo de la Iglesia, y luego se los lleva mar adentro y los regala la pesca milagrosa.

¹² Cf. Hch 2,2.

¹³ Cf. CARDENAL BERGOGLIO. Ejercicios espirituales a los obispos españoles. Enero de 2006.

Al ver esto, Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: Señor, apártate de mí que soy un hombre pecador. Y el Señor, allí mismo le convierte en pescador de hombres: No temas, desde ahora serás pescador de hombres. Conversión y misión quedan así unidas en el corazón de Pedro. El Señor acepta *su aléjate de mí que soy un hombre pecador*, y le da un sentido nuevo, lo reorienta diciéndole: *Yo te haré pescador de hombres*. A partir de este momento, Pedro nunca separará estas dos dimensiones de su vida: siempre se confesará pecador y pescador, pecador perdonado y apóstol enviado. Y, así, también nosotros: nunca debemos separar nuestra conciencia de pecado y nuestra conciencia de misión. La conciencia de nuestros pecados, lejos de apartarnos de la misión lo que ha de hacer es acercarnos a la misericordia de Dios. Somos pecadores, arrepentidos y perdonados que han sido convertidos por la misericordia del Señor en pescadores de hombres. En el caso de Pedro, sus pecados no le harán desertar de la misión recibida, no harán de él un pecador, agobiado, aislado y obsesionado con su culpa. Él permanecerá con Jesús y será consciente de su misión. Pero, eso sí, la conciencia de su misión no le hará enmascarar su pecado, como les sucedía a los fariseos, *que se creían muy justos y despreciaban a los demás (Lc 18,9)*.

Sólo podremos impulsar la Misión si, reconociendo nuestra condición de pecadores, acogemos con amor la llamada del Señor, la gracia de su elección y nos dejamos corregir por Él.

En el contexto de esta gracia primera de la elección y de la llamada del Señor a la misión, hemos de entender las correcciones que el Señor hace a los apóstoles y nos hace a nosotros. Y así hemos de entender también nuestro camino de conversión. No hay verdadera conversión del pecado que no nos conduzca y nos lleve al ámbito de la misión; es decir, al deseo muy profundo de convertir y ganar a otros para Aquél que nos perdonó y nos sedujo con su llamada a nosotros. La verdadera conversión siempre es apostólica, siempre es dejar de mirar “los propios intereses” para mirar los “intereses de Cristo Jesús”. Y, de la misma manera, la verdadera misión de evangelizar y ayudar a los demás a cumplir lo que Jesús nos enseñó siempre ha de partir de esta conciencia de que somos pecadores perdonados.

Y ¿en qué aspectos de nuestra vida pastoral nos reprende y nos corrige el Señor? Me voy a fijar en tres:

1.- En primer lugar nos reprende por **nuestras huidas** que, en el fondo, provienen de nuestra **falta de caridad**. Tenemos un ejemplo en la actitud de los apóstoles en la multiplicación de los panes. Están en una situación difícil y comprometida y ellos, desde una lógica humana, se van por lo más fácil y, en cierta manera, por lo más razonable: *el lugar está deshabitado y la hora es avanzada. Despide a la gente para que vayan a sus aldeas y pueblos del contorno a comprarse de comer (Mc 6,35-38)*. Pero el Señor les responde de una manera que les deja desconcertados. Les dice: “pues si el lugar está deshabitado y la hora es avanzada, dadles vosotros de comer”. Es decir: no huyáis del problema, afrontadlo con decisión y contad conmigo; yo estoy a vuestro lado, no os voy a dejar solos; fiaros de mí y habrá comida para todos; nos os quedéis solo en vuestras propias fuerzas; poned de vuestra parte todo lo que podáis y tengáis y yo pondré lo que falta”.

Esta actitud de las “evasivas” y de no querer afrontar los problemas, o mejor dicho, de afrontar los problemas sin contar con la gracia del Señor, aparece varias veces en el Evangelio. Por ejemplo aparece en el caso de la mujer sirofenicia. Dice el Evangelio que una mujer salió gritando pidiendo ayuda para la curación de su hija. *Entonces los discípulos se le acercaron a Jesús para decirle: atiéndela que viene detrás gritando (Mt 15, 23)*. Los apóstoles están molestos, no saben qué hacer, y lo que se les ocurre es quitarse el problema de encima y trasladárselo directamente a Jesús.

Otro ejemplo lo tenemos con el asunto de los niños. *Acercaban a Jesús niños para que los bendijese, pero los discípulos los regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo: dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el Reino de Dios (Mc 10, 13)*. Otra vez vemos cómo los apóstoles quieren quitarse de encima a los que molestan. En este caso son los niños; pero podríamos pensar en los que el Evangelio llama “los pequeños”, es decir, los pobres, los incultos, los que no cuentan en este mundo; y también podríamos pensar en los pecadores y en todos los que llevan una conducta indigna y son reprochados por la sociedad. Esta cultura dominante, hipócrita, es muy tolerante con el pecado, pero implacable con los que han sido destruidos por el pecado.

Por otro lado el Evangelio, a la vez que presenta estas actitudes evasivas de los apóstoles que Jesús reprende, nos presenta por dónde iban sus intereses más o menos ocultos. Y esto aparece en las discusiones que tienen entre ellos y que giraban en torno a quién era el mayor.

La conversión de nuestros pecados, de nuestras faltas de caridad por omisión, debe orientarse en esta actitud de disponibilidad, que Jesús nos muestra. La misión del pastor de acoger a todas las ovejas, también las que no son de su redil, implica una verdadera conversión de nuestros egoísmos; y, también, de ciertos comportamientos pastorales. A veces podemos caer, sin darnos demasiada cuenta, en esa actitud de ahuyentar a la gente por nuestro mal carácter o por nuestra estrechez de miras. No tengamos miedo a la bondad e incluso a la ternura. Que no caigamos nunca en esas dos posturas típicas de los malos pastores: la actitud de desentenderse de los problemas diciendo: “que se las arreglen”, o la actitud de la ansiedad que despierta en nosotros el querer solucionar todo sin el Señor y que termina convirtiendo en estéril preocupación lo que debió ser trabajo de servidor fiel.

2.- En segundo lugar el Señor nos reprende por **nuestros miedos**. Esos miedos son una manifestación clara de nuestra **falta de fe**. En el pasaje de la tempestad calmada, los apóstoles, llenos de miedo, despiertan a Jesús diciendo: *Maestro, ¿no te importa que perezcamos?* El Señor después de calmar la tormenta les apacigua también a ellos y les dice con un reproche lleno de cariño, pero a la vez aleccionador: *¿Por qué tenéis miedo, es que aún no tenéis fe?* (Mc 4,40). Algo parecido sucede cuando caminando sobre las aguas se asustan creyendo que es un fantasma. *Ánimo soy yo, no tengáis miedo* (Mc 6,50). En estos reproches, Jesús une sus miedos a su falta de fe: tienen miedo porque no tienen fe. Con este reproche Jesús quiere decir a sus apóstoles, y nos quiere decir a nosotros, que Él, su presencia, su cercanía, es mucho más fuerte que todos los miedos y que todas las amenazas que puedan aCCEharnos. Quiere decirnos que Él es más fuerte que la prueba, que las dificultades, que la tentación. Cuando no tenemos esto claro, puede ocurrir que caigamos en el pecado por puro miedo. Por miedo a no ser suficientemente aceptado por los otros, puedo caer en el pecado de la soberbia o de la vanidad. Por miedo a que las cosas no salgan con la perfección que yo quiero, puedo caer en

el pecado de no comprender o de no esperar. Por miedo a que un proyecto en el que tengo mucho empeño no prospere, puedo caer en el pecado de excluir de mi vida, o de mi amistad, a la persona que me molesta. Por miedo a pasar un mal trago en una situación difícil y comprometida, personal o comunitaria, vamos dejando pasar cosas que nos hacen daño o hacen daño a los demás. El miedo hace ver fantasmas, acrecienta los problemas y los desfigura, saca de contexto las cosas, nos hace confundir el bien con el mal, hasta el punto de que, a veces, se nos aparece el Señor, nos habla el Señor, como a los apóstoles en el lago, y lo confundimos con un fantasma (cf. *Mc 6,49*).

La fe, en cambio, nos serena y nos fortalece y hace que evitemos reacciones puramente emocionales y hasta convulsivas propias del miedo. Reacciones que en unos casos pueden ser de cobardía y en otros de temeridad, de huida hacia delante. Y es que el miedo, a veces, se disfraza de falsa valentía y nos hace ser temerarios y nos mete en problemas o situaciones, de tipo afectivo o de relación con otras personas, o de ciertos compromisos “muy comprometidos”, en lugar de actuar con prudencia evangélica. Por ejemplo, Jesús reprende la temeridad de Pedro que afirma de una manera irreflexiva que nunca se escandalizará de él: *Aunque tenga que morir contigo no te negaré* (*Mc 14, 29*).

En la vida de todo hombre, se entremezclan esperanzas y temores, sobre todo cuando tenemos que tomar decisiones importantes. Estos temores y esperanzas hay que tenerlos en cuenta a la hora del discernimiento; pero el discernimiento ni podemos, ni debemos, hacerlo solos. Hemos de hacerlo ante el Señor, con mucha fe, con mucha confianza, pidiéndole su amor y su gracia, sabiendo que Él está siempre con nosotros. Y que con Él se hace posible lo que para el mundo parece imposible. Y, además, hemos de hacerlo, abriendo nuestro corazón a quienes han sido puestos por el Señor para guiar, como pastores, a su Iglesia. Y siempre apelando a la originalidad del Evangelio, no quedándonos en los cálculos y en las ciencias puramente humanas. El Evangelio y la fe, aunque no desprecian lo que la psicología o la sociología puedan decir, van mucho más allá de lo que ellas nos digan.

Tenemos que encontrarnos continuamente con la fe de nuestros

padres, la fe que nos entrega la Iglesia. Una fe que es en sí misma liberadora, que nos hace ser más personas y mejores personas. Tenemos que encontrarnos con esa fe tal como es sin añadirle ni quitarle nada. Esa fe que nos hace justos ante el Padre que nos creó, ante el Hijo que nos redimió y nos llamó a su seguimiento, y ante el Espíritu Santo que actúa directamente en nuestros corazones. Por eso nuestra fe es necesariamente misionera y combativa; pero no para las pequeñas batallas de cuestiones irrelevantes y pasajeras, sino para el gran proyecto de amor de Dios sobre el mundo y los hombres, bajo la guía del Espíritu Santo, para el bien de la humanidad entera y de la Iglesia.

Pero, no lo olvidemos. Precisamente porque la fe es revolucionaria, como les decía el Papa Francisco a los jóvenes en Río, y rompe los esquemas de todas las ideologías basadas en el poder, la Iglesia y nosotros, que estamos en el corazón de la Iglesia, siempre seremos tentados por el enemigo, como lo fue Jesús en el desierto. Y la fe será tentada, en nuestro caso, no para destruirla sino para debilitarla, para hacerla inoperante, para apartarla del contacto íntimo con su Señor.

Una de las tentaciones más serias, que aparta nuestro corazón del Señor, es la conciencia de derrota, el derrotismo. Frente a una fe “revolucionaria” el enemigo, bajo la forma de “ángel de luz”, tratará de sembrar en nosotros las semillas del pesimismo. Y nos quiere meter esas semillas porque sabe que nadie puede emprender ninguna lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza algo sin confiar en la victoria ya ha perdido, por lo menos, la mitad de la batalla. El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que es la bandera de la victoria; la victoria de un amor que da la vida.

3.- En tercer lugar, el Señor nos reprende por **nuestras debilidades**. No nos reprende por las debilidades propias de la fragilidad humana (temperamento, cansancio, debilidad física), nos reprende por las debilidades que provienen de nuestra **falta de esperanza**. El Señor no pierde la oportunidad, cuando lo ve necesario, de hacer caer en la cuenta a sus discípulos de que el sufrimiento que brota de cumplir la voluntad de Dios es condición esencial del Reino. A Pedro que quiso quitar la cruz del Evangelio, el Señor le llegó a decir “Satanás”.

El Señor reprende fuertemente a Pedro y le hace ver que así como hay pensamientos que los inspira el Padre, hay también otros pensamientos que “no son de Dios sino de los hombres” (cf. *Mc* 8,33).

Sería una tentación para nosotros pensar que la Gran Misión la podremos realizar sin sufrimientos. La cruz no nos la tenemos que inventar, ni tampoco la vamos a encontrar como si fuera un fatalismo. Es el Señor quien nos la va a poner sobre el hombro, esa cruz que es yugo, llevado entre dos, Jesús y nosotros, llevando Él, el mayor peso, y nos dice: *toma tu cruz y sígueme* (cf. *Mc* 8,34). Para llevar la cruz el misionero necesitará **la fortaleza** que viene de la esperanza y debe pedirla en la oración para tomar las decisiones necesarias aunque sean impopulares; y **magnanimidad** para comenzar empresas difíciles en servicio de Dios nuestro Señor y para perseverar en ellas sin perder el ánimo ante las contradicciones. Cuando no se lleva la cruz de nuestra misión tampoco se saborea la esperanza. Y caemos en la búsqueda de compensaciones humanas y de señales extraordinarias y nos pasa lo que a los discípulos de Emaús que pierden la memoria de las señales de Dios en las pruebas y dificultades personales y de la Iglesia a lo largo de su historia. En el pasaje de Emaús vemos cómo las cosas que los discípulos “esperaban” estaban en contradicción con la cruz del Señor. Cuando éste les muestra *que era necesario que el Mesías padeciera para entrar en la gloria* (*Lc* 24,26) les comienza a arder el corazón con la verdadera esperanza, la esperanza que abraza la cruz.

IV. Dinamismo de la Misión:

En la Gran Misión, con pleno respeto a todas las personas y a sus conciencias, queremos, ante todo, con sencillez y humildad, proponer a quien quiera escucharnos nuestra fe en Cristo, único salvador del hombre. Queremos anunciar la fe, que hemos recibido como un don, que proviene de lo Alto, sin mérito por nuestra parte. Podemos decir con san Pablo: *No me avergüenzo del evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree* (*Rm* 1,16).

Los mártires cristianos de todas las épocas - también los de nuestra época - han dado y siguen dando la vida, por testimoniar ante los hombres esta fe, convencidos de que cada hombre tiene necesidad de

Jesucristo, que ha vencido el pecado y la muerte y ha reconciliado a los hombres con Dios. Nosotros, también, ante el panorama de increencia que vivimos en nuestra Diócesis, no podemos dejar de proclamar que Jesucristo vino a revelar el Rostro de Dios y alcanzar, mediante la cruz y la resurrección, la salvación para todos los hombres.

En mi carta anterior daba respuesta a las preguntas: ¿para qué la Misión? y ¿por qué la Misión? Pero, ante las dudas que continúan surgiendo, quiero seguir insistiendo en ellas.

A la pregunta **¿para qué la Misión?** hemos de responder, con la fe y la esperanza de la Iglesia, que la Misión tiene como fin decir a los hombres que la verdadera liberación sucede cuando el hombre se abre al amor de Dios. En Él, solo en Él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del pecado y de la muerte. Tenemos que sentir la urgencia de anunciar a los hombres que Cristo es verdaderamente nuestra paz (cf. *Ef 2,14*) y *el amor de Cristo nos apremia* (2 *Cor 5,14*).

La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia de vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una gradual secularización de la salvación, debido a lo cual se lucha ciertamente a favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina.

A la pregunta **¿por qué la Misión?** debemos contestar que nos lanzamos a la Misión porque a nosotros, como a san Pablo, se nos ha concedido la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo (cf. *Ef 3,8*). La novedad de vida, en Cristo, es la “Buena Nueva” para el hombre de todo tiempo: a ella han sido llamados y destinados todos los hombres. De hecho, todos la buscan, aunque, a veces, de manera confusa y tienen el derecho a conocer el valor de este don y la posibilidad de alcanzarlo. Los que hemos conocido al Señor, no podemos esconder y conservar, sólo para nosotros, esta novedad y riqueza, recibidas de la divina bondad para ser comunicada a todos los hombres¹⁴.

¹⁴ Cf. JUAN PABLO II. *Redemptoris missio*, 11.

El “porqué” y el “para qué” de la Misión no lo podemos entender planteándolo como una cuestión personal o de nuestra propia comunidad o grupo apostólico. Sólo la entenderemos bien saliendo de nosotros mismos y viviendo, con gozo, nuestra comunión con la Iglesia diocesana y la Iglesia universal. Para ser verdaderos misioneros de Cristo hemos de identificarnos plenamente con la Iglesia que, con la luz del Espíritu Santo y bajo la guía de sus pastores, ha conservado fielmente a lo largo de los siglos, desde los tiempos apostólicos, el Evangelio de Cristo, fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta. Nuestra fe personal y nuestra vocación misionera, no se pueden construir en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me es donada por Dios a través de una comunidad creyente que es la Iglesia; y me introduce así en la multitud de los creyentes, en una comunión que no es sólo sociológica, sino enraizada en el eterno amor de Dios que en Sí mismo es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; es Amor trinitario. Nuestra fe es verdaderamente personal sólo si es también comunitaria: puede ser mi fe sólo si se vive en el “nosotros” de la Iglesia, sólo si es “nuestra” fe, la fe común de toda la Iglesia. Por eso, sólo se puede ser misionero en la Iglesia y con la Iglesia. La Iglesia es el lugar de la fe, el lugar de la transmisión de la fe, el lugar donde, por el Bautismo, se está inmerso en el Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección de Cristo, que nos libera de la prisión del pecado, nos da la libertad de hijos, y nos introduce en la comunión con el Dios trinitario¹⁵.

“El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, por mandato divino; y con la asistencia del Espíritu Santo, lo **escucha** devotamente, lo **custodia** celosamente, lo **explica** fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído”¹⁶.

Nuestra Misión solo llegará al corazón de los hombres si, en comunión con nuestra Madre la Iglesia nosotros, misioneros de Cristo, vivimos y profundizamos, cada día con mayor intensidad, estas tres dimensiones de la transmisión de la fe: escuchar, custodiar y explicar.

¹⁵ Cf. BENEDICTO XVI Audiencia General. Miércoles 31 de Octubre de 2012.

¹⁶ CONCILIO VATICANO II. Constitución *Dei Verbum*, 10.

1.- Escuchar devotamente.

Para ser misioneros tenemos que avivar en nosotros **un gran deseo** de Dios, un gran deseo de escucharle, de conocerle y de amarle para, de esta manera, poder transmitir a los demás el gozo de este conocimiento y de este amor, que llena de luz nuestras vidas. Benedicto XVI habla de la **pedagogía del deseo**: “Una pedagogía que comprende, al menos, dos aspectos. En primer lugar aprender, o re-aprender, el gusto de las alegrías auténticas de la vida. No todas las satisfacciones producen en nosotros el mismo efecto: algunas dejan un rastro positivo, son capaces de pacificar el alma, nos hacen más activos y generosos. Otras, en cambio, tras la luz inicial, parecen decepcionar las expectativas que habían suscitado y, entonces, dejan a su paso amargura, insatisfacción, o una sensación de vacío. Educar desde la tierna edad a saborear las alegrías verdaderas, en todos los ámbitos de la existencia —la familia, la amistad, la solidaridad con quien sufre, la renuncia al propio yo para servir al otro, el amor por el conocimiento, por el arte, por las bellezas de la naturaleza—, significa ejercitar el gusto interior y producir anticuerpos eficaces contra la banalización y el aplanamiento hoy difundidos. Igualmente los adultos necesitan redescubrir estas alegrías, desear realidades auténticas, purificándose de la mediocridad en la que pueden verse envueltos. Entonces será más fácil soltar o rechazar cuanto, aun aparentemente atractivo, se revela en cambio insípido, fuente de rutina y no de libertad. Y ello dejará que surja ese deseo de Dios del que estamos hablando”¹⁷.

Esta pedagogía del deseo debe llevarnos, sobre todo, a Aquél que es el principio inspirador de toda obra catequética y misionera. Tenemos que aprender a escuchar devotamente al Espíritu Santo. “El Espíritu Santo es el Maestro interior, prometido a la Iglesia y a cada fiel, que en la intimidad de la conciencia y del corazón hace comprender lo que se había entendido pero que no se había sido capaz de captar plenamente. «El Espíritu Santo desde ahora instruye a los fieles —decía a este respecto san Agustín— según la capacidad espiritual de cada uno». Y él enciende en sus corazones un deseo más vivo en la medida en la que cada uno progresa en esta caridad que le hace amar lo que ya conocía y desear lo que todavía no conocía. (...) La catequesis y toda acción misionera, que es crecimiento en la fe y maduración

¹⁷ BENEDICTO XVI. Audiencia General. Miércoles, 7 de Noviembre de 2012

de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia”¹⁸.

2.- Custodiar celosamente.

La Iglesia, fiel a la misión que el Señor le ha confiado de custodiar el tesoro de la fe, nos regaló como fruto del Concilio Vaticano II, el Catecismo de la Iglesia Católica. A él tenemos que acudir constantemente en nuestra acción misionera para tener la seguridad de que lo que anunciamos no son nuestras opiniones, sino la fe de la Iglesia y para participar, con toda la Iglesia, en la custodia de la fe.

El Catecismo de la Iglesia Católica, aprobado por el Papa Juan Pablo II en el año 1992, es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, comprobada o iluminada por la sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio de la Iglesia. Tenemos que considerarlo como un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y una regla segura para la transmisión de la fe. Ojalá nos sirva, en la Gran Misión, para nuestra propia renovación a la que el Espíritu Santo incesantemente invita a la Iglesia de Dios, Cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino.

La aprobación y la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la santa Iglesia católica, a todas las Iglesias particulares que están en paz y comunión con la Sede Apostólica de Roma: es decir, el servicio de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cf. *Lc 22, 32*), así como fortalecer los lazos de unidad en la misma fe apostólica.

La Gran Misión nos va a ofrecer una oportunidad extraordinaria para que, tal como nos pide el Papa, acojamos el Catecismo con espíritu de comunión y lo usemos asiduamente en nuestra misión de anunciar la fe y de invitar a la vida evangélica. Este Catecismo se nos entrega para que nos sirva como texto de referencia, seguro y auténtico, para la enseñanza de la doctrina católica y para que nosotros mismos conozcamos más a fondo las riquezas inagotables de la salvación¹⁹.

¹⁸ JUAN PABLO II. *Catechesi tradendae*, 72.

¹⁹ Cf. JUAN PABLO II. *Fidei donum*, 4.

3.- Transmitir fielmente.

La cuestión que más nos preocupa, a los que queremos participar activamente en la Gran Misión, es la siguiente: ¿cómo hablar de Dios en nuestro tiempo? ¿Cómo comunicar el Evangelio para abrir caminos a su verdad salvífica en los corazones, frecuentemente cerrados, de nuestros contemporáneos y en sus mentes a veces distraídas por los muchos resplandores de la sociedad?.

Me remito ahora a lo que el Papa Benedicto XVI, nos dice sobre el modo de hablar de Dios a nuestros contemporáneos. Él nos invita a reflexionar sobre algunas verdades esenciales que hemos de tener en cuenta si queremos hablar de Dios²⁰.

a) Nosotros podemos hablar de Dios porque Él ha hablado con nosotros.

¡Dios ha hablado con nosotros! Dios no es una hipótesis lejana sobre el origen del mundo; no es una inteligencia matemática muy apartada de nosotros. Dios se interesa por nosotros, nos ama, ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha auto-comunicado hasta encarnarse. Dios es una realidad de nuestra vida; es tan grande que también tiene tiempo para nosotros, se ocupa de nosotros. En Jesús de Nazaret encontramos el rostro de Dios, que ha bajado de su Cielo para sumergirse en el mundo de los hombres, en nuestro mundo, y enseñar el «arte de vivir», el camino de la felicidad; para liberarnos del pecado y hacernos hijos de Dios (cf. *Ef* 1, 5; *Rm* 8, 14). Jesús ha venido para salvarnos y mostrarnos la vida buena del Evangelio.

Lo que tenemos que llevar a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo: no es un Dios abstracto, una hipótesis, sino un Dios concreto, un Dios que existe, que ha entrado en la historia y está presente en la historia. El Dios de Jesucristo es la respuesta a la pregunta fundamental del porqué y del cómo vivir.

Hablar de Dios requiere, por tanto, una familiaridad con Jesús y su Evangelio; supone un conocimiento personal y real de Dios y una fuerte pasión por su proyecto de salvación, sin ceder a la tentación

²⁰ Cf. BENEDICTO XVI. Audiencia general del 28 de Noviembre de 2012.

del éxito. Hablar de Dios nace, por ello, de la escucha, y de un conocimiento de Dios que sólo puede realizarse en un trato asiduo con Él, en la vida de oración y viviendo según los Mandamientos.

b) El método de Dios es el de la humildad.

Es el método realizado en la Encarnación, en la gruta de Belén y en la sencilla casa de Nazaret, el de la parábola del granito de mostaza. Es necesario no temer la humildad de los pequeños pasos y confiar en la levadura que penetra en la masa y lentamente la hace crecer (cf. *Mt* 13, 33). Al hablar de Dios, en la obra de evangelización, bajo la guía del Espíritu Santo, es necesario una recuperación de la sencillez, un retorno a lo esencial del anuncio: la Buena Nueva de un Dios que es real y concreto, un Dios que se interesa por nosotros, un Dios-Amor que se hace cercano a nosotros, en Jesucristo, hasta la Cruz y que, en la Resurrección, nos da la esperanza y nos abre a una vida que no tiene fin, la vida eterna, la vida verdadera.

Ese excepcional comunicador que fue el apóstol Pablo nos brinda una lección, orientada justo al centro de la fe, sobre la cuestión de «cómo hablar de Dios» con gran sencillez. En la Primera Carta a los Corintios escribe: *Cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado* (2, 1-2).

El fruto más importante de la Gran Misión es hacer misioneros que, como el apóstol Pablo, estén llenos del amor a Cristo y del amor a los hombres y estén dispuestos a dejarse guiar, con humildad, por el Espíritu Santo. Misioneros que no se busquen a sí mismos, sino que su único deseo sea ganar a las personas para el Dios verdadero y real. Misioneros que quieran predicar, no algo ajeno a sus vidas, sino aquello, que por la gracia de Dios entró en sus vidas, y que es la verdadera vida, que un día se adueñó de su corazón: la vida de Cristo, muerto y resucitado. Misioneros capaces de expropiar el propio yo ofreciéndolo a Cristo, sabiendo que no somos nosotros los que podemos ganar a los otros para Dios, sino que somos nosotros los que debemos esperarlos de Dios mismo.

c) Comunicar la fe es decir, abierta y públicamente, lo que uno ha visto y oído en el encuentro con Cristo.

Comunicar la fe es decir lo que uno ha experimentado en su existencia, ya transformada por ese encuentro: es llevar a ese Jesús que uno siente presente en sí, y se ha convertido en la verdadera orientación de su vida, para que todos comprendan que Él es necesario para el mundo y decisivo para la libertad de cada hombre.

d) Comunicar la fe es mostrar a los hombres la transparencia de Dios en sus obras y, especialmente, en nosotros.

Jesús nos invita a comprender que en el mundo, en toda la creación, se transparenta el rostro de Dios; y nos muestra especialmente cómo Dios está presente en las historias cotidianas de nuestra vida. Por los Evangelios vemos cómo Jesús se interesa por cada situación humana que encuentra, se sumerge en la realidad de los hombres y de las mujeres de su tiempo con plena confianza en la ayuda del Padre. Y nos dice que en toda historia humana, escondidamente, Dios está presente y que, si estamos atentos, podemos encontrarle.

Los discípulos que viven con Jesús, las multitudes que le encuentran, ven su reacción ante los problemas más dispares, ven cómo habla, cómo se comporta; ven en Él la acción del Espíritu Santo, la acción de Dios. En Él, anuncio y vida se entrelazan: Jesús actúa y enseña, partiendo siempre de una íntima relación con Dios Padre. Este estilo es una indicación esencial para nosotros, cristianos: nuestro modo de vivir en la fe y en la caridad se convierte en un hablar de Dios en el “hoy”, porque muestra, con una existencia vivida en Cristo, la credibilidad, el realismo de aquello que decimos con las palabras; muestra que no se trata sólo de palabras, sino de la realidad, la verdadera realidad.

e) La comunicación de la fe debe tener siempre una tonalidad de alegría.

Es la alegría pascual que no calla o esconde la realidad del dolor, del sufrimiento, de la fatiga, de la dificultad, de la incompreensión y de la muerte misma, sino que sabe ofrecer los criterios para interpretar

todo en la perspectiva de la esperanza cristiana. La vida buena del Evangelio es precisamente esta mirada nueva, esta capacidad de ver cada situación con los ojos mismos de Dios. Es importante ayudar a todos a comprender que la fe no es un peso, sino una fuente de alegría profunda. La fe es percibir la acción de Dios, reconocer la presencia del bien que no hace ruido; y ofrece orientaciones preciosas para vivir bien la propia existencia.

f) Hablar de Dios quiere decir hacer comprender, con la palabra, y la vida, que Dios no es el rival de nuestra existencia, sino su verdadero garante.

Dios es el garante de la grandeza de la persona humana. Hablar de Dios es comunicar, con fuerza y sencillez, con la palabra y la vida, lo que es esencial: el Dios de Jesucristo, ese Dios que nos ha mostrado un amor tan grande como para encarnarse, morir y resucitar por nosotros; ese Dios que pide seguirle y dejarse transformar por su inmenso amor para renovar nuestra vida y nuestras relaciones; ese Dios que nos ha dado la Iglesia para caminar juntos y, a través de la Palabra y los Sacramentos, renovar toda la “ciudad de los hombres” a fin de que pueda transformarse en “ciudad de Dios”.

V. Itinerario a seguir.

1.- Calendario de fechas importantes.

Primer domingo de Adviento del año 2013: Termina el Año de la Fe en la Iglesia Universal y, en nuestra Diócesis de Getafe, comienza el Año de la Esperanza. “La esperanza es la virtud teologal por lo que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. (...) La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento, sostiene en todo desfallecimiento, dilata el corazón en la espera de la eterna bienaventuranza. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad”²¹.

²¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1817-1818.

Vigilia de la Inmaculada de 2013, en el Cerro de los Ángeles.

El Obispo hará un llamamiento, a toda la Diócesis, para constituir equipos misioneros que vayan concretando, a lo largo del año 2014, proyectos misioneros. A partir de este momento todos los que, respondiendo a la llamada del Obispo, decidan participar en la Misión, han de hacer crecer en ellos un corazón misionero y empezarán a prepararse espiritualmente para la Misión reflexionando y orando: en este año, sobre la virtud de la esperanza.

La **Secretaría General** de la Misión, que se constituirá en este momento, irá facilitando materiales catequéticos para esta reflexión. También irá dando las indicaciones oportunas sobre el modo de constituir los equipos y revisará los proyectos misioneros que se vayan presentando.

En esta Vigilia, preparada por la Delegación Diocesana de Juventud, y dirigida especialmente a los jóvenes, renovaremos nuestra consagración a María Inmaculada y pediremos su intercesión para que camine con aquellos que decidan participar en la Misión.

A partir de esta fecha se empezará a poner en marcha la **Escuela de Evangelización**.

Primer domingo de Adviento de 2014. Termina el Año de la Esperanza y **comienza el Año de la Caridad**. “La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios”²².

Solemne Vigilia de Adviento del año 2014 en la Catedral. En esta Vigilia se hará la “**Inscripción de los nombres de los equipos misioneros**”, que se hayan ido constituyendo a lo largo del año.

Se abre con esta Vigilia y la “inscripción” de los equipos misioneros, un periodo de preparación intensa para la Misión. Todos los misioneros que hayan inscrito sus nombres se comprometerán a hacer “ejercicios espirituales” y a participar en los encuentros de preparación para la Misión que, bien por zonas o bien por sectores pastorales, se vayan convocando.

²² *Ibid.* n. 1822.

Vigilia de la Inmaculada del año 2014. Pondremos en manos de la Virgen María a todos los equipos misioneros y sus proyectos de misión.

Primavera del año 2015. Celebración del **Congreso de Nueva Evangelización.** Servirá para poner en común los proyectos misioneros que vayamos preparando, y para conocer las experiencias y testimonios misioneros de otros ámbitos de la Iglesia Universal.

Primer domingo de Adviento del año 2015. Termina el Año de la Caridad y **comienza el Año de la Misión:** “Lo que más me mueve a proclamar la urgencia de la evangelización misionera es que ésta constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia. Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. El hombre que quiere comprenderse a sí mismo, debe acercarse a Cristo”²³.

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús de 2016. Haremos la **consagración** de toda la diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, le presentaremos los frutos de la Misión y conmemoraremos el **vigésimo quinto aniversario** de la creación de Diócesis de Getafe.

A partir de la experiencia de la Misión y bajo la luz del Corazón misericordioso de Cristo, nos preguntaremos qué esta pidiendo el Señor a nuestra Iglesia diocesana de Getafe. La Misión termina pero la evangelización prosigue. La Misión ha de hacernos más misioneros. La Misión nos va a hacer ver que hemos de convertirnos al Señor, que hemos de crecer más en la fe, que hemos de corregir muchas actitudes de pereza y negligencia. La Misión ha de ser una medicina contra el cansancio de creer y ha de despertar en nosotros un modo nuevo y rejuvenecido de ser cristianos²⁴.

2. Constitución de los equipos misioneros.

Se podrán constituir tres tipos de equipos:

²³ JUAN PABLO II. *Redemptoris missio*, 2.

²⁴ Cf. BENEDICTO XVI. Discurso a la Curia romana, 22 de diciembre de 2011.

a) Equipos misioneros de **zonas territoriales** (parroquias, arciprestazgos), coordinados por las personas que las propias parroquias o arciprestazgos designen.

b) Equipos misioneros de **sectores pastorales**. Proponemos, de momento, doce sectores: niños, jóvenes, familias, colegios, universidad y cultura, hospitales, cárceles, profesionales de la salud, mundo de la política y de la vida pública, economía, mundo del trabajo y medios de comunicación.

c) Equipos misioneros de **otras instituciones eclesiales**. Aunque todas las instituciones eclesiales estarán implicadas en la Misión de formas muy diversas e incluso muy intensas, vemos conveniente que se formen algunos equipos misioneros para cuidar estas instituciones de forma especial, teniendo algunos momentos dedicados directamente a ellas: seminario, presbiterio diocesano, comunidades de vida consagrada, asociaciones de fieles, movimientos apostólicos.

3. Preparación de los proyectos misioneros.

Todos los equipos deberán hacer su proyecto misionero y entregarlo en el plazo que se les vaya indicando. En estos proyectos hay que saber combinar: la proclamación explícita de la fe y el anuncio del Kerigma, con el testimonio y el diálogo personal. Y deberán ofrecerse caminos para avanzar en el conocimiento de Cristo y de la Iglesia. Sobre esta base puede haber encuentros festivos, encuentros formativos y encuentros litúrgicos. Puede haber expresiones de arte, conciertos, obras teatrales o manifestaciones artísticas, deportivas o culturales, de cualquier tipo. Todo puede ayudar para expresar la fe y para manifestar la cultura que genera esa fe. Hay que procurar que todos los proyectos misioneros concluyan con una gran celebración del sacramento de la Penitencia y con una solemne Eucaristía.

En la medida de lo posible hay que pedir la colaboración de los ayuntamientos, de los colegios y de los centros universitarios para manifestar en foros públicos (parques, plazas, centros culturales, polideportivos, aulas universitarias) nuestra visión del hombre, de la libertad, de la familia, de la enseñanza, del trabajo, de la economía,

etc., y dar testimonio de nuestra fe. Tenemos que entrar en el “atrio de los gentiles”.

VI. Mirar a María.

El Papa Francisco, al final de su encíclica *Lumen fidei* se refiere a la Virgen María comparándola con la “tierra buena” de la parábola del sembrador (cf. *Lc* 8,4-15). “En la parábola del sembrador, san Lucas nos ha dejado estas palabras con las que Jesús explica el significado de la <<tierra buena>>: “Son los que escuchan la Palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia. En el contexto del Evangelio de Lucas, la mención del corazón noble y generoso, que escucha y guarda la Palabra, es un retrato implícito de la fe de la Virgen María. El mismo evangelista habla de la memoria de María, que conservaba en su corazón todo lo que escuchaba y veía, de modo que la Palabra diese fruto en su vida. La Madre del Señor es el icono perfecto de la fe, <<Bienaventurada tu que has creído>> (*Lc* 1,45)²⁵.

Que la Virgen María, Reina de los Ángeles, ayude nuestra fe y abra nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y escuchemos su llamada a ser misioneros que anuncien a todos los hombres la alegría del Resucitado.

Con mi bendición.

+ Joaquín María. Obispo de Getafe

Getafe, 1 de Noviembre de 2013. Solemnidad de todos los Santos

²⁵ FRANCISCO. *Lumen fidei*, n. 58.

ANEXO I

CATEQUESIS SOBRE LA ESPERANZA

**Preparadas por la Comisión
Diocesana de la Acción Católica
General de Getafe**

EL AÑO DE LA ESPERANZA

ACCIÓN CATÓLICA DE LA DIÓCESIS DE GETAFE

Siglas.

AA	Apostolican actuositatem
CA	Centesimus annum
CCE	Catecismo de la Iglesia Católica
EE	Ecclesia in Europa
FR	Fides et ratio
GS	Gaudium et spes
LG	Lumen gentium
NMI	Novo millennio ineunte
RMa	Redemptoris Mater
SD	Salvifici doloris
SpS	Spe salvi

AÑO DE LA ESPERANZA

La antigua imagen del ancla representando a Jesucristo nos sugiere la roca firme que sostiene la barca de la Iglesia en medio de las tempestades.

¿Qué esperamos? La pregunta que guía a Benedicto XVI en la elaboración de la encíclica *Spe salvi* nos lleva a mirar cuál es el ancla de nuestra vida, en qué se sostienen nuestros afanes cotidianos.

Un día, cruzando el lago de Galilea, (cf. Mt 8, 23-27) los discípulos fueron sorprendidos por una terrible tormenta. Se llenaron de miedo y se acercaron a Jesús, que dormía placidamente en medio de la barca: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”. La respuesta de Jesús se dirige directamente a nosotros: “¿Por qué tenéis miedo?”. Vemos cada día como nuestra fe se ve tambaleada porque distintos males amenazan continuamente la débil barca de la Iglesia. La tormenta de la enfermedad y del cansancio, de la incomprensión y de la división, del fracaso del amor propio y muchas otras, parecen golpear nuestra barca queriéndola hundir. ¿De dónde viene esta tormenta?, podemos preguntarnos. De fuera y de dentro de nosotros mismos.

Vivir en el mundo significa aceptar que nuestra vida se desarrolla en una creación que, habiendo sido hecha buena por Dios, está tocada por el misterio de la iniquidad que ha sido sembrado en el corazón de los hombres. Ese misterio, que golpea la barca y amenaza con hundirla, no es capaz, sin embargo, de perturbar el sueño de Jesús, que estaba dormido. También nosotros pensamos muchas veces, en medio de la tormenta, que Él duerme, olvidándose de nosotros y le dirigimos la misma invocación que los discípulos: ¡Señor, sálvanos que perecemos! La respuesta a esta invocación nos viene hoy con palabras de S. Pablo, que, habiendo experimentado la magna tormenta de la Cruz, ha sido puesto al frente de la Iglesia: “En esperanza fuimos salvados”. La salvación ya se nos ha dado. El hombre ha sido creado para la Vida Eterna, y ésta no la podemos alcanzar nosotros solos. Es Aquel que ya nos dio un día la vida quien quiere conducirnos hasta Él, pues vivir con Él es la Vida Eterna.

La travesía en medio del océano de la vida, aunque muchas veces

fatigosa, puede ser vivida con fortaleza y alegría porque nos ha sido dada una esperanza cierta. Aquel a quien esperamos, Jesucristo, ya está en medio de nosotros, aunque muchas veces parezca dormido; aquello que esperamos, la Vida Eterna, ya nos ha sido dada en esperanza y la vivimos en la fe. Hemos sido rescatados del mar de nuestro pecado por la mano fuerte de Jesucristo. Él nos ha subido a la frágil barca de la Iglesia, donde encontramos el resguardo de la fe y el alimento del amor. Esperamos que durante este curso, trabajando con el temario que te presentamos, puedas escuchar las palabras del Señor: “No tengáis miedo, pequeño rebaño. En esperanza habéis sido salvados. Id y anunciadlo a mis hermanos”.

TEMA 1 - EL PRIMER ENCUENTRO

“Mis ojos han visto a tu Salvador” (Lc 2, 30)

OBJETIVO

Caer en la cuenta del asombro que produce el mensaje de Cristo en alguien que lo escucha por primera vez y renovar esa experiencia en mi persona a día de hoy.

INTRODUCCIÓN

La liturgia de la misa de medianoche, en la noche de Nochebuena, probablemente sea la más entrañable de todo el año litúrgico. Toda la celebración se desarrolla a partir de un anuncio: hoy ha nacido el Salvador. Este anuncio se proclama en las llamadas “Calendas de Navidad”, que son un pregón en el que se recorre la Historia de la Salvación hasta que por fin se llega al momento en el que, “cuando en el mundo entero reinaba una paz universal (...) nació Jesús, Dios eterno, Hijo del eterno Padre y hombre verdadero” (calendas de Navidad). El cántico empieza con las mismas palabras que dirigió el Ángel a los pastores de Belén: “Hermanos, os anunciamos una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo”, y añade, “escuchadla con corazón gozoso” (ibid.). Nosotros hemos oído muchas veces estas palabras porque vivimos en una sociedad de profundas raíces cristianas y, en la mayoría de los casos, hemos recibido una educación religiosa. Quizá por eso no producen en nosotros el efecto que provocaron en aquellos pastores que sin dudarlo, en mitad de la noche “fueron a toda prisa y encontraron a María, a José y al Niño” (Lc 2, 16). De tan oído como tenemos este anuncio, se nos vacía de significado y algo tan grande como que Dios se encarne se hace costumbre y lo celebramos, sí, pero a lo mejor de una manera un tanto superficial.

La situación de los contemporáneos de Jesús no era ésta, como explica muy bien el Papa en su encíclica *Spe salvi*. El mensaje de Cristo caló profundamente en las clases más humildes, compuestas en su mayor parte por personas que sufrían cotidianamente por el maltrato y la esclavitud. Recibieron un mensaje que no era de violencia o rebelión contra quienes los esclavizaban, sino un mensaje de esperanza, de salvación. Pero también hizo mella en las clases

superiores porque la religión, sin contenido ya, se había visto reducida a ritos formales y el hombre se encontraba solo ante su desesperanza, por muy alta que fuera su condición social, y sin “un Dios al que se pudiera rezar”(SpS 5). Se encontraron así con la cercanía de una Persona, una Persona que es amor.

Realmente, no podemos prescindir de nuestra historia y nuestras circunstancias. Nosotros hemos nacido en el siglo XX y nuestra realidad dista mucho de ser la del siglo I. Aunque debemos darnos cuenta de que si Cristo no hubiera nacido, si no hubiera resucitado hace dos mil años, estaríamos en una situación bien diferente: sin esperanza, porque nadie habría venido a decirnos que Dios es amor; en tinieblas, porque no habría venido la Luz al mundo; sin norte, porque el que es el Camino no se habría encarnado; y muertos por el pecado, porque la Vida, que es Cristo, no habría vencido en la Resurrección. Debemos luchar sin descanso contra la rutina y vivir la celebración de los acontecimientos de la vida de Cristo como memorial, es decir, no como un simple recuerdo, igual que hacemos con los cumpleaños, en los que nada de lo acontecido se renueva; por el contrario, los misterios de la Salvación se hacen presentes cada vez que los celebramos, cada vez que celebramos la Eucaristía: “Cuantas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención” (LG 3).

Hagámonos conscientes del gran regalo de Dios que, en su grandeza y poderío, sin necesitar nada, tiene un amor tan grande por cada persona que le lleva a la locura de hacerse hombre. Un Dios que se encarna y pasa por las penalidades, la limitación y el sufrimiento propios del ser humano es un Dios que ama a sus criaturas, a mí, a ti, con toda la fuerza de su amor infinito. Y todo lo ha hecho para devolvernos la dignidad de hijos de Dios y darnos una esperanza firme que cambia la vida y hace capaz de luchar contra el pecado. Dejémonos invadir por el asombro que provoca esta situación inaudita, este insólito intercambio de papeles: “¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo entregaste el Hijo!” (Pregón Pascual). El asombro revela la apertura a una esperanza nueva que se ha instalado entre nosotros y aunque, desde luego, no nos evite conflictos, preocupaciones o

tristezas, sí nos capacita para vivirlos de forma diferente, porque “Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto” (SpS 6).

VER. Partiendo de la vida

1. Puedo contar aquella ocasión en que me dejé invadir por la novedad del Evangelio. Sentí a Cristo realmente presente, y esa experiencia me llenó de esperanza de una vida más bella y feliz.

2. Seguro que la celebración de la Navidad es una fuente de hechos de vida sobre este tema. Puedo contar aquella vez en que sucumbí a esa corriente de opinión a la que no le gusta la Navidad porque les entristece o porque es una ocasión de conflictos y enfrentamientos familiares. Por el contrario, puedo compartir con el grupo esa otra ocasión en la que conseguí aislarme de tantas opiniones superficiales, centrarme en el misterio de la Encarnación y llenarme de alegría celebrando esta fiesta tan especial.

3. Hechos de vida que muestren cómo vivo los misterios de la salvación durante el año litúrgico: si lo hago de manera rutinaria como el simple pasar de los años, o si, por el contrario, los vivo con profundidad, como memorial, sabiendo que los acontecimientos que celebramos se hacen presentes y permanecen siempre actuales.

4. Contar algún momento en que he experimentado la falta de esperanza en mi vida en forma de rutina abrumadora, por falta de proyectos e ilusiones, por vivir mi vida sin Dios, sin mirada sobrenatural, y cómo el encuentro con Cristo ha cambiado mi modo de ver la vida.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Simeón y la profetisa Ana esperaban al Salvador y se llenaron de alegría al ver al Niño Jesús: *Lc 2, 25-32; Lc 2,36-38*. Los que reciben de los apóstoles la Buena Nueva del Evangelio ven desbordarse su alegría y llegan a preguntar qué han de hacer: *Hcb 8, 4-8; Hcb 2, 36-38*.

El descubrimiento de la fe provoca un cambio de vida en la samaritana: *Jn* 4, 1-42; y en el eunuco al que bautiza Felipe: *Hcb* 8, 29-38. Muchos de los que se encuentran con Jesús y le reconocen como Mesías deciden seguirle: *Mt* 4, 23-25; *Lc* 8, 1-3.

Cristo vino al mundo para darnos vida abundante: *Jn* 10,10; y padeció por nosotros dejándonos así un ejemplo: *1Pe* 2, 21.

La persona y el mensaje de Cristo provoca asombro entre sus contemporáneos: *Mc* 1, 21-22; *Lc* 5, 24-26. Tras la pesca milagrosa Pedro reconoce en Jesús a su Señor y cae postrado a sus pies: *Lc* 5, 4-9. Habiendo encontrado por fin al Mesías, “trataban de retenerle”: *Lc* 4, 42-44.

Ef 2,11-22; 3,1-13 Pablo explica cómo ahora ha sido revelado el Misterio de Dios oculto desde siglos, su plan de Salvación, a los que vivían sin esperanza. *Hb* 11,13-16 Los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura.

B) Magisterio de la Iglesia

El Papa, en su encíclica *Spe salvi*, nos habla de cómo el mundo, antes de la venida de Jesucristo, estaba sin esperanza: *SpS* 2; y de cómo el anuncio de Cristo cambia la vida de quien lo recibe y lo acoge: *SpS* 3-5

Durante siglos Dios prepara a su pueblo para recibir al Mesías: *CCE* 711-716; la Buena Nueva es que Dios ha visitado a su pueblo y ha cumplido sus promesas: *CCE* 422.

Cristo se ha unido con todo hombre, por eso, aunque de forma misteriosa, podemos asociarnos al misterio pascual: *GS* 22-23; “todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros” *CCE* 521. Los misterios de Cristo vividos como memorial: *CCE* 1104; 1085; 1362-1364.

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

El compromiso en este tema debe movernos a ser más conscientes de la gracia de la Redención que Dios nos concede a cada uno de nosotros personalmente.

Un buen compromiso podría ser dedicar un rato de oración o, si es preciso, la oración de varios días; a meditar los textos sagrados de la Vigilia Pascual, en los que se hace un recorrido por la historia de la Salvación, aplicándome a mí mismo cada texto: Dios me crea a mí, Dios me libera de la esclavitud a mí...Cristo resucita por mí.

También puedo comprometerme a vivir de forma particularmente intensa y profunda el próximo adviento y la Navidad. Otro buen compromiso sería dar razón de la alegría con la que vivo la Navidad, que se debe no a que toca estar contento porque llega la fecha, sino a que el Señor se encarna por amor a mí.

La poesía religiosa expresa con gran intensidad y belleza los sentimientos del hombre ante la grandeza, la omnipotencia, la misericordia, el amor infinito de Dios. Proponemos, como compromiso de grupo, organizar en la parroquia una velada poética en la que se lean poesías de nuestros grandes autores, que seguro que moverán nuestro corazón a la alegría y el agradecimiento.

TEMA 2 - LA FALSA ESPERANZA

“Nosotros esperábamos” (Lc 24,21)

OBJETIVO

Descubrir hasta qué punto está arraigada en nosotros la falsa esperanza de un reino de Dios que se realiza en el mundo sin la presencia de Dios, ver cómo es este el origen de nuestras desesperanzas.

INTRODUCCIÓN

Como decíamos en el tema anterior, la situación actual es distinta de la del siglo I, pero no faltan en ella las sombras de la desesperanza. Ya observaba Juan Pablo II al contemplar la situación actual de Europa en la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* (EE 7), que un rasgo de nuestra sociedad es el oscurecimiento de la esperanza. Tras el derrumbe de las utopías de los siglos XIX y XX muchas personas viven no esperando nada, encerradas en el pragmatismo del «ir tirando». Nos podemos encontrar a nuestro lado con muchas personas que “parecen desorientadas, inseguras, sin esperanza”. Y este estado de ánimo no toca sólo a aquellos que viven alejados de Dios, sino que vemos como muchos cristianos (quizá nosotros mismos) viven mirando al futuro sin saber bien qué esperar, o no esperando ya nada.

Para entender adecuadamente la situación actual es necesario que afrontemos la pregunta que plantea Benedicto XVI en el número 24 de la *Spe salvi*: “¿Qué es lo que no podemos esperar?”. Esta pregunta es necesaria, porque en la raíz de todo hombre está la necesidad de esperar. Si muchas veces la esperanza se oscurece y debilita, ¿no será porque hemos esperado lo que no podíamos esperar?

Todo hombre espera una vida mejor que la que tiene. Tocados a través de diversas causas por el mal y por el sufrimiento, todos esperamos vivir en un mundo mejor del que vivimos. Durante los siglos XIX y XX esta esperanza se ha ido sosteniendo sobre un cimiento distinto al de aquella luz que brillo hace dos mil años, al de la redención que recibimos de Jesucristo, que viene a anunciar y a traer el Reino de Dios, que es la vida en su sentido más pleno.

Esos falsos cimientos han sido la ciencia y la técnica por un lado, y la política y las ideologías por otro.

La ciencia nos ha permitido acumular un conocimiento cada vez mayor del mundo que nos rodea y del mismo hombre. Además, la aplicación de la ciencia en avances técnicos nos ha llevado a multiplicar nuestra capacidad de transformar la creación. Realmente los progresos técnicos y científicos han llevado a eliminar muchas enfermedades y a limitar muchas causas de sufrimiento. Sin embargo, es constatable por todos que el conocimiento científico y técnico en sí mismo, sin una referencia moral superior, no es capaz de eliminar el dolor de este mundo, sino que, de hecho, igual que puede multiplicar los beneficios, puede también multiplicar los males. El progreso científico y técnico no es en sí mismo capaz de darnos una verdadera esperanza acerca de un mundo mejor.

Por otro lado, debido a la confianza ilimitada en la capacidad de la razón y a los avances en el conocimiento de la sociedad, se pensó también que una estructura social determinada bastaba para eliminar los males de este mundo. Pero la sociedad no es anterior al hombre, sino al revés. Es el hombre el que forma las estructuras sociales, de modo que ninguna estructura de organización humana es capaz, por sí misma, de redimir al hombre y eliminar el mal. No podemos construir un mundo mejor simplemente creando estructuras más justas, aunque sí es cierto que hay estructuras sociales que favorecen mejor la búsqueda del bien común. Esperar de una estructura social lograda a través de la acción política, la construcción de un mundo mejor, es también una falsa esperanza. La constatación de la falsedad de estas esperanzas tiene hoy principalmente dos efectos. Por un lado, nos ha conducido al relativismo. Cuando no encontramos esperanzas ciertas en la razón, la única esperanza es sentirse un poco mejor. Por eso todo será relativo a lo que me produce ahora un mayor bienestar. Pero el relativismo se convierte definitivamente en un nihilismo y acabamos por no esperar nada. Por otro lado, esto ha podido en ocasiones llevar a los cristianos a una búsqueda individualista de la salvación. Es necesaria una autocrítica que nos permita descubrir cómo la fe ha de ser la raíz de un verdadero progreso científico, de un conocimiento de la creación conforme a los designios del Creador. El encuentro con Cristo es también la fuente de donde brota el agua capaz de transformar unas relaciones sociales y unas estructuras que

puedan favorecer la búsqueda de una vida verdaderamente plena y bienaventurada. El amor de Jesús nos revela el verdadero amor humano que es la base de las estructuras realmente liberadoras. Es cada hombre quien, siempre de nuevo, en cada generación, debe optar por acoger este amor de Jesucristo que se le ofrece y crear o purificar las estructuras sociales, culturales, económicas, para que estén fundamentadas en la verdadera esperanza.

VER. Partiendo de la vida

1. Hoy la ciencia es capaz de dar soluciones que hace tiempo eran impensables, aunque estas soluciones no siempre respondan a requerimientos morales. Buscar hechos de vida que muestren mi actitud ante estos avances científicos: si me planteo y sopeso las repercusiones morales de un descubrimiento técnico o científico antes de formar mi opinión sobre el tema; o si, por el contrario, me dejo deslumbrar por el hallazgo en sí, sin hacerme más planteamientos, depositando así mi esperanza en la ciencia completamente desligada de la ética y de Dios.

2. Puedo revisar también mi actitud ante la política. ¿Cifro mi esperanza en la consecución de determinado orden social que a mí me parece el idóneo, dejando a Dios a un lado? ¿Contribuyo en la medida de mis posibilidades a lograr una estructura política adecuada pero teniendo claro que Dios es señor de la historia y que, pase lo que pase, Él siempre estará respaldándome?

3. Son muchas las falsas esperanzas que pueden estar sustentando mi actuar. Puedo contar hechos de vida que dejen ver cuáles de estas falsas esperanzas me tientan con más frecuencia: el éxito en mi trabajo, la valoración que hacen de mí los que me rodean, la opinión de la mayoría aunque sea errónea, etc.

4. La falsa esperanza nos puede llevar fácilmente al relativismo moral: todo vale dependiendo del momento, la persona, las circunstancias particulares. Contar hechos de vida que muestren hasta qué punto me contamina el relativismo determinando mis actitudes y mis acciones.

5. El Papa nos indica que las pequeñas esperanzas son necesarias en el día a día, pero ellas solas no bastan para dar sentido a nuestra

vida. Expón alguna ocasión en la que hayas experimentado esta realidad en tu propia vida.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Acerca de la verdadera relación entre la razón y la fe podemos ver Sab 13, 1-9. Especialmente interesantes son los vv. 5 y 9, que nos hablan de la capacidad de la razón de alcanzar el conocimiento de Dios.

En el mismo sentido, acerca de las consecuencias de una ciencia separada de la ética que no sea capaz de mirar a Dios, nos habla san Pablo en *Rm* 1, 18-32.

En 1 *Cor* 1, 17-25 san Pablo compara dos modos de usar la razón: sabiduría del mundo y sabiduría cristiana.

Un ejemplo bíblico de cómo las estructuras de gobierno están al servicio del pueblo según Dios lo podemos ver en la vida de Salomón (2 *Cr* 1, 7-12).

B) Magisterio de la Iglesia

En SpS 16-23, podemos ver como se ha desarrollado históricamente la falsa esperanza, y en los n° 24-26 encontraremos la respuesta a la pregunta acerca de qué no podemos esperar. Necesitamos tener esperanzas que nos mantengan en el camino, n° 31.

Para entender el modo adecuado de hacer ciencia es imprescindible conocer GS 36 acerca de la justa autonomía de las cosas creadas.

En FR 21-23 encontramos un comentario preciso de los textos de Sabiduría y de las cartas a los romanos y a los corintios señaladas arriba.

Acerca de la raíz atea de la esperanza en la sola transformación de las estructuras para crear un mundo mejor podemos leer el certero

análisis de Juan Pablo II en CA 13. Pero esta raíz no está sólo presente en el socialismo, como vemos en CA 42, sino también en cierto liberalismo.

Para vencer la tentación de una esperanza individualista es importante recordar la vocación de los fieles laicos, señalada en AA 7 y, especialmente, en GS 43.

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Como compromiso personal proponemos dedicar un tiempo de reflexión a ver con claridad dónde tenemos puestas nuestras esperanzas y cómo está organizada nuestra escala de valores. Si el trabajo está por encima de la familia, podría ser beneficioso reservar algún periodo de tiempo a lo largo de la semana para dedicarlo exclusivamente a los míos, sin pensar en la oficina y con el móvil apagado.

Si lo que realmente me preocupa es seguir la opinión mayoritaria, podría ser conveniente comprometerme a hacer un ejercicio de afirmación de personalidad y defender mi opinión de cristiano en la próxima ocasión que se me presente. Desprendernos de alguna cosa en la que tengamos puesta una vana esperanza también puede ayudarnos.

Si nuestra vida laboral o de estudio está relacionada con el mundo de la técnica, la ciencia o la política, podemos buscar algún compromiso que nos ayude a ver la verdadera esperanza en dicho mundo. De nuevo, alguna lectura específica sobre la adecuada relación entre la fe y la razón o sobre la relación del pensamiento cristiano y el objeto de nuestro campo de trabajo o estudio, puede ayudarnos (por ejemplo, las encíclicas *Laborem exercens* y *Fides et ratio*).

Un posible compromiso de grupo puede ser participar u organizar alguna mesa redonda o conferencia sobre la relación entre la fe y las realidades terrenas, o ver alguna película que hable de la relación entre política o ciencia y moral y hacer un comentario (Por ejemplo:

El gran dictador, Gattaca...) En realidad cualquier película que hable de cuestiones políticas o científicas nos puede ayudar a tratar el tema.

TEMA 3 – VIDA ETERNA, VERDADERA ESPERANZA

“Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero” (Jn 17,3)

OBJETIVO

Desarraigar falsas esperanzas que centren nuestro esfuerzo en lo terreno y recuperar el anhelo de la vida eterna con Dios.

INTRODUCCIÓN

Muchas veces hemos tenido la experiencia de hacer un viaje, de trasladarnos a algún sitio por algún motivo: visitar a un familiar, descansar lejos del ajetreo de lo cotidiano, realizar un trabajo, etc. Y seguro que siempre, en esas circunstancias, hemos tenido claro que lo importante era el destino: las personas con las que íbamos a encontrarnos, el trabajo que teníamos que desempeñar, y aunque hayamos disfrutado del traslado, sabíamos que éste era sólo un medio que nos conducía a nuestro fin, que era el punto de llegada y lo que allí íbamos a vivir.

Esta realidad, que se entiende fácilmente con ejemplos como el que hemos puesto, sin embargo nos cuesta trasladarla a nuestra vida en la tierra y a la vida futura. Es verdad que nuestra vida aquí es lo que conocemos y nos puede llegar a parecer lo único importante, un verdadero fin en sí misma. Pero no. La vida en el mundo es un traslado, una peregrinación. Es justo que disfrutemos de las alegrías que pueda depararnos el viaje, que nos impliquemos con el mundo tratando de que nuestro paso por él sea para mejorarlo, pero no debemos confundir el fin con el medio, y nuestro fin último no es esta vida sino la que Dios nos ha preparado junto a Él después de los tiempos. El hombre la tenía en el principio cuando vivía en perfecta unidad con su Creador, pero, aunque la perdió por el pecado, Dios no lo abandonó al poder de la muerte sino que le facilitó la manera de alcanzar nuevamente lo que había perdido: Dios, “después de su caída, alentó en ellos (nuestros primeros padres) la esperanza de la salvación con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado

del género humano para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia de las obras” (DV 3). Seguro que Adán y Eva, al caer en la cuenta de lo que habían perdido por su ofensa a Dios, anhelaron vehementemente recuperar la vida que Dios les había propuesto y que, entonces lo veían, superaba con mucho cualquier sueño de grandeza al margen de su Señor. Porque ellos la habían vivido, ellos sabían lo que se estaban perdiendo. Puede que a nosotros nos resulte más difícil porque la única vida que conocemos es la del destierro, la de la peregrinación. Las cosas materiales, los afanes del mundo nos absorben, nublan nuestra vista y nos impiden ver más allá, de manera que centramos muchas veces nuestra esperanza en las cosas terrenas y sufrimos así tantas frustraciones. Pero, entonces, ¿qué es lo que realmente debemos esperar? ¿Cuál es esa realidad que satisfará plenamente todas nuestras expectativas?

Realmente, el desconocimiento de lo que será la vida eterna con Dios puede retraernos e incluso asustarnos hasta hacernos llegar a preferir “lo malo conocido a lo bueno por conocer”. Debemos salir de este razonamiento a ras de suelo. Hemos visto que Dios quiere la vida eterna para nosotros y que se ha ocupado hasta el mínimo detalle de que podamos alcanzarla. La eternidad con Dios Padre y Jesucristo el Señor no sólo es lo mejor para nosotros, sino lo único que nos dará la felicidad. Sin embargo, no hemos de pensar en ella con criterios temporales puesto que nuestro pensamiento y nuestra lógica se revelan incapaces de aprehenderla. El Papa nos da pistas en su encíclica *Spe salvi*. Nos habla de “un momento pleno de satisfacción en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento de sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después- ya no existe (...) a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría”. Se nos promete una experiencia sin dolor, sin lágrimas ni preocupaciones, en la que todo es satisfacción plena, amor infinito, alegría profunda; san Basilio nos habla de “cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día”. También S. Agustín, en *La Ciudad de Dios* se atreve a mostrarnos cómo será nuestra vida más allá de esta vida: “Allí reinará la verdadera paz, donde nadie experimentará oposición ni de sí mismo ni de otros. La recompensa será Dios mismo, que ha dado la virtud y se prometió a ella como la recompensa mejor y más grande que pueda existir (...) Él será el fin de nuestros deseos,

a quien contemplaremos sin fin, amaremos sin saciedad, alabaremos sin cansancio”. Esperando ese momento de plenitud nos toca ahora esforzarnos y tratar de tener presente el anhelo que nos ayudará a poner las cosas en su justo orden y a vivir la esperanza cristiana que no es otra cosa que nuestra unión definitiva con Dios.

VER. Partiendo de la vida

1. Alguna vez, a raíz de una charla, una oración, unos ejercicios espirituales, he podido sentir que de verdad mi vida es una peregrinación, que mi sitio no es este sino aquel que Cristo ha ido a prepararme. Sería bueno, si no fuera mi intimidad, contarle en el grupo.

2. Presentar hechos de vida que dejen ver mi actitud ante la realidad de la vida eterna: si es de verdadero deseo de ver a mi Señor sin mediación alguna y vivir en la alegría con Él eternamente; o si, por el contrario, vivo centrado en mi vida terrena absorbido por los problemas y las preocupaciones.

3. También puedo contar a mis compañeros aquella vez en que, en determinada circunstancia me dí cuenta de que lo que realmente me inspira la vida eterna es miedo: a lo desconocido, a que para llegar a ella haya que pasar por la muerte, miedo porque nadie puede contarme qué es lo que pasa allí...

4. Puedo compartir con el grupo algún momento de mi vida en el que haya dado, frente a los demás, un testimonio tranquilo, valiente y sincero acerca de la esperanza en la vida eterna. Por el contrario, puedo recordar alguna circunstancia en la que preferí, por cobardía, por vergüenza o por respetos humanos, no reconocer frente a mi prójimo que mi fe es fe en la vida futura y eterna con Dios.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Conmueve la esperanza en la vida eterna de S. Pablo al final de sus días (2 Tim 4, 6-8), y también la de Job (Jb 19, 25-27). Al salmista,

la esperanza en la vida eterna le produce tranquilidad y alegría inmensas: Sal 15, 9-11.

S. Juan nos habla de la nueva Jerusalén, la Iglesia triunfante, que vivirá eternamente al lado de su esposo, Cristo: Ap 21,1-4. S. Pablo manifiesta que, desde nuestra limitación, no somos capaces de imaginar la infinitud de la gloria eterna: 1 Cor 2, 9.

También la pasión de Cristo nos conduce a la vida eterna. Así lo confiesa Pedro al final del discurso del pan de vida: Jn 6, 68s. Cristo nos recomienda perseverar hasta el fin en su seguimiento para conseguir la salvación: Mt 10, 22

Podemos esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman: Rom 8, 28-30. La fidelidad del Señor nos confirmará en nuestra esperanza: 1 Cor 1, 6-9;

B) Magisterio de la Iglesia

Recomendamos encarecidamente leer los puntos de la encíclica *Spe salvi* que tratan específicamente este tema: SpS 10-12.

Por la perseverancia en el bien se llega la salvación y a la vida eterna: DV 3; CCE 161. En la vida eterna conoceremos plenamente los caminos de Dios: CCE 324.

Es imposible valorar lo terreno no teniendo en cuenta lo eterno: *Rerum novarum*, 16; GS 21. La dignidad del hombre se ve menoscabada cuando se niega la esperanza en la vida eterna: GS 21. Los cristianos deben dar testimonio de esta esperanza: LG 10.

Preciosa exposición sobre la última eucaristía del cristiano y los sacramentos que lo preparan para volver a Dios: CCE 1524-1525.

Algunas descripciones de lo que será la eternidad con Dios: CCE 184; 1023; 2002

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Un primer compromiso para este tema podría ser formativo y puede consistir en leer en profundidad todos los textos que aparecen en el apartado “Magisterio de la iglesia” y algún otro que podamos encontrar por nuestra cuenta o que pidamos a nuestro consiliario o director espiritual.

Otro compromiso, de testimonio, podría ser no dejar pasar ocasión de hacer explícita ante los demás mi firme esperanza en la vida eterna, sin temer risas o menosprecios. También sería buen compromiso acercarme a este conocido o compañero que ha perdido a un ser querido y tratar de hacerle llegar la esperanza de la vida con Dios más allá de la muerte que me sostiene a mí.

La fe de la Iglesia en la vida eterna se manifiesta con claridad en la celebración de los funerales. Como grupo podemos ofrecernos en nuestra parroquia para preparar estas celebraciones, ayudando, con moniciones, lecturas y cantos a que adquieran su verdadero sentido.

También podemos cuidar de integrar en nuestra vida espiritual la dimensión escatológica con el rezo de oraciones por las almas del purgatorio para pedir una buena muerte u otras devociones convenientes.

TEMA 4 - ESPERANZA EN COMUNIÓN: LA IGLESIA

“Todos los creyentes estaban de acuerdo y lo tenían todo en común” (Hch 2, 44)

OBJETIVO

Descubrir que la Iglesia es el lugar donde puede llevarse a la vida la esperanza que da el cristianismo, que es siempre y esencialmente, esperanza en comunión.

INTRODUCCIÓN

Cuando dos niños están jugando a la pelota en el salón y por “accidente” se rompe, pongamos por caso, el jarrón preferido de mamá, casi con certeza podemos decir que se oirán las siguientes frases: “ha sido él”, “¡qué va, la culpa ha sido suya!”. Se trata de eludir la propia responsabilidad echándola sobre los hombros de otro. Pero, sabemos que esto no ocurre sólo entre los niños, es más, los niños seguramente lo hacen porque nos ven hacerlo a nosotros, los adultos. Desde siempre ha sido así, desde el primer pecado: “la mujer que me diste...”, “la serpiente me engañó...”. La consecuencia más inmediata del pecado es el enfrentamiento, la ruptura de la unidad, una especie de “sálvese quien pueda” que deja fuera a todo el que no sea yo. Desde los Santos Padres se entiende que el pecado provoca la ruptura y la división. Otro ejemplo muy claro de la Sagrada Escritura lo tenemos en el relato de la torre de Babel. El hombre de nuevo sucumbe ante la soberbia, quiere llegar a lo más alto, ser como Dios. El resultado es de todos conocido: la confusión de lenguas, el fin del entendimiento entre los hombres. “Babel, el lugar de la confusión de las lenguas y de la separación, se muestra como expresión de lo que el pecado es en su raíz. Por eso, la ‘redención’ se presenta precisamente como restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes” (SpS 14).

En efecto, en su designio de salvación, quiso Dios que los hombres se salvaran, pero no individualmente, que alcanzaran la salvación, pero no en solitario. Y así eligió a un pueblo, Israel, al que paulatinamente se fue revelando, lo fue instruyendo, guiando y santificando a través de la historia. “Pero todo esto lo hizo como preparación y figura de la nueva alianza perfecta que había de establecer, en Cristo, y de la más plena revelación que había de nacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne” (LG 9). Este nuevo pueblo del que el anterior es figura, es la Iglesia. Pueblo nacido de dos pueblos, judíos y gentiles, cuya unidad no radica ya en la sangre sino en el Espíritu; en el que sus miembros tienen la dignidad de hijos de Dios; cuya ley es el amor y cuya misión es la extensión del Reino de Dios. “La congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios, para que sea sacramento visible de esta unidad de salvación para todos y cada uno” (LG 9).

La unidad dentro de la Iglesia nace del deseo del mismo Cristo. Él quiso que permaneciéramos unidos, en primer lugar a Él, como los sarmientos están unidos a la vid; pero también entre nosotros: “que todos sean uno” (Jn 17). Según las conocidísimas palabras de san Pablo, la Iglesia puede compararse a un cuerpo. Cristo es la Cabeza, nosotros los miembros. Los miembros están unidos entre sí y todos ellos unidos a la Cabeza, cumpliendo así el querer del Maestro. El Señor comunica su vida a los que formamos parte de su Cuerpo que es la Iglesia, de una manera misteriosa pero real, a través de los sacramentos: por el Bautismo nos vemos sumergidos en su muerte y su resurrección, por la Eucaristía nos alimentamos de su propia carne, lo cual potencia de forma vertiginosa la unión entre nosotros. Con la expresión ‘fracción del pan’ “se quiere significar que todos los que comen de este único pan, partido, que es Cristo, entran en comunión con Él y forman un solo cuerpo en Él” (CCE 1329).

Pero unidad no quiere decir uniformidad. La Iglesia es rica por su unidad pero también por su diversidad. Jesús quiere que seamos uno pero no el mismo repetido, por eso bendice a su grey con multitud de carismas, entre otras cosas para que cada uno, ser humano único e irrepetible, encuentre su sitio y la mejor forma de servir a Dios según sus talentos. Por otra parte, las legítimas diferencias hacen florecer la caridad: “Estas diferencias pertenecen al plan de Dios,

que quiere que cada uno reciba de otro aquello que necesita, y que quienes disponen de talentos particulares comuniquen sus beneficios a los que los necesitan. Las diferencias alientan y con frecuencia obligan a las personas a la magnanimidad, a la benevolencia y a la comunicación” (CCE 1937). Esta comunicación de bienes, que es tangible en el mundo, se muestra arcana pero igualmente verdadera en lo tocante a compartir bienes espirituales y no sólo entre los vivos, sino también con los que ya partieron hacia la casa del Padre. Es lo que llamamos comunión de los santos, un tesoro formado por oraciones, buenas obras y sacrificios, en libre circulación y del que todos pueden beneficiarse: “el menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos, que se funda en la comunión de los santos” (CCE 953). Mucho pueden hacer nuestras oraciones y nuestros sacrificios por los que han muerto, y mucho pueden hacer por nosotros las intercesiones de los que ya contemplan el rostro de Cristo. Así permanece siempre abierto este canal de comunicación de la gracia, que es la mayor prueba de que en la Iglesia nadie está solo, nadie está aislado. Porque la esperanza que se nos ha dado no es una esperanza sólo para mí; lo es en función de que también lo es para los otros. “Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros” (SpS 48). Juntos caminamos hacia una vida verdadera que “presupone dejar de estar encerrados en el propio ‘yo’, porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios” (SpS 14).

VER. Partiendo de la vida

1. Presentar hechos de vida que muestren cómo el pecado enturbia mi relación con los demás provocando enfrentamientos y divisiones.

2. Seguro que en mi vida tengo ejemplos concretos de la importancia que doy a la dimensión comunitaria de mi fe: si me preocupa que mis hermanos vivan la verdadera esperanza que es Cristo y hago lo posible para que así sea; o si, por el contrario, me centro en mí mismo, en mis prácticas de piedad, en mis confesiones, etc., y no se me pasa por la cabeza que puedo hacer mucho por mi propia salvación, precisamente trabajando por la salvación de los demás.

3. Puedo contar en el grupo aquella vez en que alguien dentro de la Iglesia, un sacerdote, un catequista, un compañero de asociación, me ayudó con sus palabras, sus actitudes o sus acciones, a comprender, valorar e interiorizar el mensaje de Cristo y recuperar una actitud de esperanza.

4. Mostrar a través de hechos de vida cómo vivo la comunión de los santos: si tengo en cuenta que mis acciones repercuten a favor o en contra de todo el Cuerpo de Cristo; si soy consciente de que aún puedo hacer mucho por los que amo que ya han muerto; si pido la intercesión de los bienaventurados...

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Cristo quiso que sus discípulos se mantuvieran unidos a Él: *Mc* 1, 16-20; *Jn* 15, 4-5; 6, 56. Les hizo partícipes de su misión: *Lc* 10, 17-20; y de sus sufrimientos: *Lc* 22, 28-30. Prometió estar con ellos hasta el fin del mundo: *Mt* 28, 20; y envió su Espíritu; *Jn*, 20, 22; *Hcb* 2, 33.

San Pablo nos explica que somos un único cuerpo con Cristo como cabeza: *1 Cor* 12, 12-29; y nos enseña cómo vivir en comunidad, con humildad y caridad: *Rm* 12, 3-21.

En los Hechos de los apóstoles, se ofrece en varias ocasiones la vida de fe a numerosas personas: 2, 37-41; 3, 25-26; 10, 34-43; y se nos muestran ejemplos de vida comunitaria: 2, 42-47; 4, 32-35.

La comunión se expresa en la caridad, abriéndome a los demás: *Rm* 14, 7; atendiendo a los que son más débiles: *1 Cor* 12, 26-27; buscando el bien de los otros y no el mío propio: *1 Cor* 13, 5.

B) Magisterio de la Iglesia

En varios números de la encíclica *Spe salvi*, se reflexiona sobre la dimensión comunitaria de la salvación. Dios restablece la unidad a través de la Redención; nos hace ser un pueblo unido existencialmente: n. 14; el Papa nos habla de cómo unos pocos pueden ser causa

de salvación para los demás: n. 15, y también de que para que mi esperanza sea verdadera esperanza debe serlo igualmente para mis hermanos: n. 28-29 y 48. Sobre la comunión de los santos, el punto 48 es magistral.

La Iglesia es comunión con Jesús: CCE 787-789; en un solo cuerpo: 790-791; 1329; con Cristo como cabeza: 792-795. Cristo es uno con su Iglesia y formamos así el “Cristo total” (*Christus totus*): 795.

El Concilio Vaticano II nos habla también del la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo: LG 7; con diversidad e miembros: LG 7; 13; que han de conservar la unidad: LG 32-33; GS 32.

El Catecismo de la Iglesia Católica explica la comunión de los santos de forma muy clara en sus números: 946-962.

Sobre unidad y diversidad de la Iglesia y vínculos de unidad, léase: CCE 814-815

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

El compromiso en este tema debe ir dirigido a profundizar en mi vivencia de Iglesia, en mi sentido de Iglesia. Para ello, puedo comprometerme a estar más disponible cuando me pidan que desempeñe una tarea en la parroquia, en la Asociación, saliendo así de mí mismo y dándome a los demás.

También puedo comprometerme a acercarme a aquél que sé que se está alejando poco a poco de la Iglesia y que necesita mi empujoncito para volver de nuevo a su lugar en la comunidad.

Puedo asumir como compromiso, estudiar qué son las indulgencias y aprender a valorar la oración e intercesión por los difuntos.

Como compromiso de grupo, proponemos hacer un vídeoforum sobre la película “Qué bello es vivir”, en la que se muestra el interés

de una persona por todos los que la rodean y cómo ese interés inicial suscita correspondencia.

TEMA 5 -

LA ORACIÓN, ESCUELA DE ESPERANZA

“Perseverantes en la oración” (Rm 12,12)

OBJETIVO

Que cada militante vuelva a descubrir la oración, personal y comunitaria, y la renueve como lugar donde Dios mismo alimenta, aumenta y purifica nuestra esperanza.

INTRODUCCIÓN

Muchas veces hemos oído y quizá hemos pronunciado estas palabras: “Ahora sólo queda rezar”. Cuando llegamos a una situación límite, cuando sabemos que no está en nuestras manos lograr la curación de una persona enferma, la solución de un problema difícil o la superación de una crisis matrimonial, el cristiano sabe que siempre le queda recurrir al mismo Dios. El Papa Benedicto XVI lo dice bellamente en su encíclica *Spe salvi*: “Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha” (SpS 32). Y no sólo nos escucha, sino que con frecuencia nos ayuda a entender su respuesta.

En el diálogo constante con Dios, que siempre escucha, el cristiano aprende verdaderamente lo que es la esperanza. La oración es escuela de esperanza porque en ella la esperanza crece, se alimenta y se purifica. La esperanza depende de nuestra fe. Y la oración es el ejercicio de nuestra fe en el Dios revelado, que nos ha manifestado su amor, que nos ha adoptado como hijos y quiere que le llamemos “Padre”. Mediante la oración, nuestra esperanza se fija en Dios, aumenta con el trato continuo con el Dios Uno y Trino, con la experiencia de su amor.

Citando a san Agustín, el Papa nos presenta cómo la oración es “un ejercicio del deseo” y ayuda a que el corazón del hombre se haga capaz de acoger el don de Dios: “Si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel?”. Este proceso implica también una purificación de nuestra esperanza, que se libera de las pequeñas esperanzas que a veces nos distraen y nos impiden aferrarnos únicamente a Dios. “El

modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior, que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás” (SpS 33).

Es necesario aprender a orar pues “no sabemos pedir como conviene”. Nuestro gran maestro en la oración es el Espíritu Santo, que habita en nosotros y nos ayuda en nuestra debilidad (cf. Rm 8,26). Tenemos que saber qué cabe pedir, qué quiere Dios, para unir nuestro querer al suyo: “el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios”. (SpS 33). No todos nuestros deseos corresponden con la voluntad de Dios y debemos perseverar en este aprendizaje purificador. No podemos, pues, prescindir de la oración. Así lo recordaba Juan Pablo II dirigiéndose a los fieles laicos: “Las formas y los modos de esas pausas de oración pueden ser muy diferentes, pero siempre queda en pie el principio de que la oración es imprescindible para todos, tanto en la vida personal como en el apostolado. Sólo gracias a una intensa vida de oración los seglares pueden encontrar inspiración, energía, valor entre las dificultades y los obstáculos, equilibrio y capacidad de iniciativa, de resistencia y de recuperación” (Audiencia general del 1 -XII-1993).

La oración tiene dos dimensiones, ambas imprescindibles: la personal y la comunitaria. Es tanto un encuentro cara a cara con Dios, “tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (Santa Teresa de Jesús, Libro de la Vida, 8) como una acción conjunta de “dos o más reunidos” en el nombre del Señor (cf. Mt 18,10). Una y otra se remiten mutuamente. Orar con la oración de la Iglesia es a la vez un descanso y un ejercicio de comunión. El Papa nos recuerda la experiencia del obispo vietnamita Nguyen van Thuan, que en su largo cautiverio experimentó la dificultad de orar. El cardenal van Thuan, en su obra “Testigos de la esperanza” nos cuenta cómo uno de sus carceleros quiso aprender de memoria un himno latino, el *Veni Creator*, y lo recitaba en sus ejercicios gimnásticos: “Al principio estaba yo muy sorprendido de esto, pero poco a poco me di cuenta de que era el Espíritu Santo quien se servía de un policía comunista para ayudar a un obispo preso a rezar cuando estaba tan débil y deprimido que no podía hacerlo. Sólo un policía podía cantar en voz alta el *Veni Creator*”.

Esta esperanza que recibimos, aumentamos y purificamos en la oración nos convierte en “ministros de la esperanza” para todos los que nos rodean: “la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás” (SpS 34). Y el gran reto es mantener el mundo abierto a Dios.

VER. Partiendo de la vida

1. Presentar alguna ocasión en la que mi esperanza se haya visto reforzada en la oración o, por el contrario, algún momento en el que se haya debilitado por falta de oración perseverante. También podría recordar ese momento en el que, ante la adversidad de algún acontecimiento, me he visto impulsado a acercarme a alguna capilla y ponerlo en manos del Señor.

2. A veces experimentamos que Dios no nos concede lo que pedimos; mostrar algún hecho de vida que refleje mi aceptación de la voluntad de Dios o, por el contrario, mi rebeldía ante su silencio. O bien, un hecho de vida en que, a través de la oración, Dios me ha enseñado a cambiar mis deseos por otros más conformes a Él.

3. Cuando oramos junto a los hermanos nos sentimos confortados; puedo exponer alguna ocasión concreta en la que la oración comunitaria ha reforzado mi esperanza.

4. La unión con Cristo nos impulsa a comunicar a los demás esta esperanza; seguro que recuerdo algún hecho de vida en el que haya experimentado cómo Dios me envía como “ministro de esperanza”.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Tenemos que aprender a pedir como conviene y nuestro Maestro es el Espíritu Santo: Rm 8,26-27; St 4,1-10.

Jesús nos exhorta a orar juntos y a pedir al Padre en su nombre con toda confianza: *Mt* 18, 19-20; *Jn* 14, 13-14; *Jn* 15,16. Los apóstoles y los primeros cristianos oran unidos en toda ocasión:

Hch 4, 24-30; 1,24-25; 12,5; 16,25; St 5,16-18.

Es importante orar constantemente (1 Tes 5,17), sin desfallecer y con perseverancia: Rm 12,12; Lc 18, 1-8.

La oración produce confianza en la acción de Dios: Salmo 55, 17-18; salmo 91; salmo 123; salmo 125

B) Magisterio de la Iglesia

Para este tema es imprescindible leer los puntos de la encíclica Spe salvi en los que el Papa nos habla de la oración como escuela de esperanza: SpS 32-34.

Toda la cuarta parte del Catecismo está dedicada a la oración y sería bueno leerla entera. Destacamos algunos números: la oración de los salmos nos une a la tradición de la oración: 2586-2589; el Espíritu Santo nos educa para orar en esperanza: 2657-2658; nuestra vida de oración se vive en la Iglesia: 2697-2698; nuestra actitud ante la oración no escuchada: 2735-2737; la oración siempre es eficaz: 2738-2741.

La familia constituye el primer ámbito de aprendizaje de la oración, como “iglesia doméstica”: Familiares consortio 59-61.

En la carta apostólica Novo millennio ineunte Juan Pablo II nos recuerda la importancia de la oración en la pedagogía de la santidad (NMI 31-32); sin la oración los cristianos están expuestos al riesgo (NMI 34); la oración nos recuerda la primacía de Cristo (NMI 38).

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Este tema nos impulsa sin duda a profundizar en nuestro compromiso personal de oración, para ver si realmente es encuentro con el Dios de la esperanza. Podemos revisar el tiempo que dedicamos a la oración, el lugar y el modo; la relación que hay en mi vida entre la oración y la virtud de la esperanza.

A veces necesitamos renovar las fuentes de nuestra oración, especialmente la Palabra de Dios. A ello nos pueden ayudar lecturas adecuadas, cursos de Biblia y de Liturgia, conocer la vida de los santos o acudir a algún taller de oración.

Como grupo podríamos retomar alguna iniciativa de oración comunitaria, como el rezo de las vísperas o alguna vigilia de oración. Si existen estas propuestas en la parroquia podemos participar en ellas; si no existen, podemos organizarlas para ofrecerlas a los demás grupos.

Personalmente y en grupo podemos revisar cómo vivimos y aprovechamos el retiro espiritual mensual, que es un momento de oración tanto personal como comunitaria, y si hemos hecho ejercicios espirituales.

TEMA 6 -

EL APRENDIZAJE DE LA ESPERANZA: ACTUAR Y SUFRIR

*“Habiendo sido probado
en el sufrimiento, puede ayudar
a los que son probados” (Hb 2, 18)*

OBJETIVO

Vivir nuestras obras y nuestra manera de afrontar el sufrimiento como ocasiones para hacer del mundo un lugar más humano y para transmitir esperanza a los que nos rodean.

INTRODUCCIÓN

Un niño en silla de ruedas. Una viuda joven con hijos. Un anciano solo que no puede valerse por sí mismo. Un terremoto que deja tras de sí miles de muertos. La enfermedad, la soledad, el fracaso. Nuestro mundo está marcado por el sufrimiento. Sufrimiento, dolor y muerte están presentes en la vida de cada ser humano y en todas las etapas de la Historia. Es algo inherente a la existencia humana. Muchas veces, sobre todo ante el sufrimiento de los inocentes, nos habremos preguntado porqué. Por qué existe el mal, por qué tienen que sufrir los niños, por qué las enfermedades no nos dan tregua o por qué de pronto la naturaleza nos muestra su cara más despiadada. La respuesta a este por qué nos la da el Papa en la encíclica que venimos estudiando: el sufrimiento “se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente” (SpS 36). No hay que buscar el origen del mal en la obra de Dios, que es buena: “y vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien” (Gn 1,31); no hay que buscarlo en el azar que hace que por casualidad se cuele el dolor en el mundo. El origen del mal está en nuestra limitación y en el pecado. Sobrecoge pensar que cada culpa de cada persona a través de los tiempos pueda hacer aumentar el dolor en el mundo. Y sobrecoge aún más caer en la cuenta de que mi propia culpa contribuya a incrementar el dolor y el sufrimiento. Es terrible,

pero no sería una buena opción quedarse contemplando esta realidad paralizados ante su magnitud. De ese modo estaríamos cayendo en el error. Es nuestro deber luchar contra el mal, contra el dolor y el sufrimiento. No nos será posible derrotarlos ya que nunca lograremos acabar con sus causas “porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos- es una fuente continua de sufrimiento” (SpS 36). No, no podemos extirpar el mal del mundo aunque sea lo que más anhelemos, pero tenemos una esperanza firme fundada en el hecho de que Cristo sí ha vencido al mal. Él, el que quita el pecado del mundo, ha entrado en la historia, está presente entre nosotros y nos da así la esperanza de la salvación del mundo. Como bien dice el Papa, es esperanza y no cumplimiento, pero en ella encontramos valor y fuerzas para seguir adelante en nuestra lucha.

Pero, ¿en qué consiste esta lucha? ¿Qué debemos hacer? Ciertamente, nuestra primera reacción podría ser de huida, de cerrar los ojos ante el mal, pero eso no solucionaría el problema en absoluto, al revés, lo agravaría. Porque escondernos de lo que nos atribula o nos asusta sólo nos paraliza y nos debilita. Hemos de mirar al dolor de frente aceptándolo como una realidad que nos acompaña en nuestra vida; aceptándolo en nosotros y en los demás, de forma que nos sirva para nuestra propia maduración personal y encontrando en el sufrimiento un sentido. La única manera de encontrar algún sentido al dolor propio o de los que más quiero, es uniéndome a Cristo que sufre en la cruz. Él ha pasado por el camino del sufrimiento: por la fatiga, por la traición, por las frustraciones, por el dolor físico y moral mayor que pueda imaginarse. Ha venido a iluminar el sufrimiento y a dar esperanza al que sufre, porque: “en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza” (SpS 39). Vivir el sufrimiento de esta manera, como ejercicio de esperanza, hace al hombre más humano, saca de su interior sus mejores potencialidades y le hace ser luz y esperanza para los demás.

Pero no sólo nuestra forma de afrontar el sufrimiento puede llegar a ser signo de esperanza: “toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto” (SpS 35). En efecto, cada vez que obramos de manera responsable, tratando de mejorar nuestro ambiente, estamos

colaborando a hacer del mundo un lugar mejor. Aunque pueda no parecernoslo, aunque nuestra aportación sea en realidad pequeña, nuestro actuar incide definitivamente en la marcha de la sociedad. Y lo hace en el sentido de que apporto mi esperanza, en lo pequeño y en lo grande, pese a que fracase yo en mis pequeños fines o a que presencie una gran frustración a nivel histórico: “es importante saber que yo todavía puedo esperar (...) a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor” (SpS 35). Nuestro actuar no es indiferente ni para Dios ni para el desarrollo de la historia, por tanto, tenemos la oportunidad de colaborar a hacer posible que la verdad, el amor, el bien, es decir, Dios mismo, irrumpa en el mundo liberándolo de las impurezas e intoxicaciones, acercando el momento de que la esperanza de su salvación se convierta en cumplimiento. Apoyados en la “gran esperanza fundada en las promesas de Dios”, “tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro” (SpS 35).

VER. Partiendo de la vida

1. Mostrar con hechos de vida cuál es mi actitud ante mi propio sufrimiento: si lo afronto con valentía sostenido por la mano de Cristo, o si, por el contrario, me rebelo contra él y dejo que me invada la desesperanza.

2. Muchas veces nos cuesta más aceptar el sufrimiento de nuestros seres queridos que el nuestro. Puedo contar algún hecho de vida que ilumine esta afirmación. También puedo compartir con el grupo aquella ocasión en la que el dolor de otra persona hizo despertar en mí un amor desinteresado que me urgía a atenderla.

3. Presentar hechos de vida que dejen ver cuál es el cimientto en el que me baso a la hora de luchar contra el mal y el dolor: si es verdaderamente firme como para sufrir con el que sufre, como para ser capaz de darme a mí mismo como don; o si, olvidándome del sufrimiento de Cristo, no soy capaz de hacer frente a ese dolor y me aplasta su enorme peso.

4. Habitualmente pensamos en los acontecimientos históricos como algo que excede con creces nuestras dimensiones. Puedo traer al grupo algún hecho de vida que me haya hecho consciente de que mi forma de actuar puede hacer del mundo un lugar más luminoso y más humano.

5. También podemos analizar mediante un hecho de mi vida, si mis actuaciones van encaminadas a que en el mundo entre Dios, la verdad, el bien y el amor; o si, por el contrario, me encierro en mí mismo o en mi círculo más cercano desoyendo la llamada a colaborar con Dios y a contribuir a la salvación del mundo (cfr. SpS 35).

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

El Señor, en la parábola de los talentos, nos insta a aportar nuestras capacidades y a trabajar para mejorar nuestro ambiente: *Mt* 25, 14-30; promete la bienaventuranza de ser llamado hijo de Dios al que trabaje por la paz: *Mt* 5, 9; Jesús se afanó siempre por atender las necesidades, tanto del cuerpo como del espíritu: *Mt* 4, 23-25; *Mc* 1, 40-45; *Lc* 13, 28-29; y pasó haciendo el bien: *Hcb* 10, 38. El Padre y el Hijo trabajan constantemente: *Jn* 5,17.

Job, en medio de sus tribulaciones, tiene esperanza en su Señor: *Job* 19, 25-26; Jesús promete el consuelo a los que lloran (*Mt* 5,5)

El sacrificio de Cristo tiene su origen y su razón de ser en el gran amor que siente Dios por el hombre: *Jn* 3, 16; el sufrimiento de Cristo es fuente de esperanza y de salvación: *Is* 53, 10-12; en el momento decisivo de la cruz, Cristo sigue actuando con generosidad y entrega: pide perdón para los que le torturan: *Lc* 23, 34.

S. Pablo nos enseña cómo vivir nuestros padecimientos con la esperanza de que se asocien a los de Cristo: *2 Cor* 4, 8-11; y nos traigan consuelo: *2 Cor* 1,5; y cómo nuestro sufrimiento puede ser culto agradable a Dios: *Rm* 12, 1.

B) Magisterio de la Iglesia

La lectura de los números 35 al 40 de la encíclica *Spe salvi*, que está sirviendo de base a este temario, nos muestra el actuar y el sufrir como escuelas de esperanza.

Cooperamos en la obra de Dios con nuestras acciones, oraciones y sufrimientos: CCE 307; 1368. Sobre el origen del mal y el dolor y su relación con el pecado: CCE 385; 1263-1264; SD 14. El Catecismo de la Iglesia Católica nos muestra las formas de afrontar el sufrimiento y la muerte en sus números 1500-1502.

El sufrimiento del cristiano unido a los padecimientos de Cristo, tiene un carácter salvífico: CCE 1505-1506; 1521.

LG 41; SD 26-27. Cristo ilumina el misterio del dolor y de la muerte: GS 22; Dios da a su hijo al mundo para librarnos del mal mediante el sufrimiento: SD 14; la Virgen María, siempre presente en la vida de Cristo, es protagonista indiscutible del evangelio del sufrimiento: SD 25.

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Como hemos visto en este tema, nuestras obras realmente tienen repercusión y pueden servir para mejorar nuestro ambiente y el mundo. Proponemos como compromiso personal estar más atentos a las pequeñas cosas que pueden dar esperanza a los demás, hacerles más felices: sonreír, tratar con más delicadeza a cualquiera con el que me cruce, que mis palabras sirvan para unir, consolar, animar, sobre todo a aquellas personas que más lo necesitan o cuyo trato me cuesta más.

También podemos asumir como compromiso aceptar el dolor con más serenidad, sin protestas ni exageraciones, tratando de encontrar en él la ocasión para madurar y unirme a Cristo sufriente, siendo motivo de esperanza para los que estén a mi alrededor. En definitiva, afrontar mi sufrimiento a la luz de la fe y en diálogo con Dios.

Otro compromiso podría consistir en cambiar la manera en que

atiendo a los que sufren y me están encomendados: que lo que me lleve a cuidar de ellos sea el amor desinteresado, el afán de servicio y entrega y dé gracias al Señor por poder atenderle en los más necesitados.

Como compromiso de grupo podemos informarnos de las visitas que se realizan a personas de la parroquia que están enfermas y que viven solas y colaborar en la medida de nuestras posibilidades.

TEMA 7 -

EL JUICIO DE DIOS ES ESPERANZA

***“He aquí que yo voy a juzgar entre oveja y
oveja, entre carnero y macho cabrío”***

(Ez 34,17)

OBJETIVO

Mirar el Juicio de Dios no con temor, sino con la certeza de que será la máxima expresión de la justicia y la gracia de Dios y, por tanto, el cumplimiento de nuestra esperanza.

INTRODUCCIÓN

La forma de mirar los cristianos al Juicio ha ido variando según las épocas de la historia. Ha habido momentos –principalmente los primeros del cristianismo- en los que se puso un mayor peso en Cristo resucitado y glorioso, saliendo a nuestro encuentro. Posteriormente nos forjamos la idea de un Dios poderoso y estricto juzgando a los hombres de una manera implacable, unido a las penas y sufrimientos del infierno. También ha habido corrientes que han quitado importancia al Juicio y lo han presentado como un mero trámite, casi sin importancia, ya que, según ellos, Dios desde su bondad infinita no puede llegar a condenarnos.

El Papa Benedicto XVI, desde su vocación y misión de catequista y pastor, dedica ocho puntos de la encíclica *Spe salvi* a mostrarnos el Juicio en su dimensión más profunda y verdadera.

La referencia al Juicio ha influido en la vida de los cristianos, ha servido como criterio para ordenarla, como llamada a su conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios (cf. SpS 41). Esta esperanza en la justicia de Dios tiene un calado mucho mayor de lo que en un principio pudiera parecer. No es solo justicia con el individuo, sino con la humanidad y con la historia. Vivimos en un mundo y en una época en la que la preocupación por la justicia es mayúscula. De hecho, es innegable el enorme avance que en este

campo ha realizado el hombre. Pero no hay que olvidar las enormes injusticias que se cometen a la hora de poner en práctica esas directrices teóricas tan encomiables a las que hemos llegado. Ya nos lo decía Juan Pablo II en la encíclica *Dives in misericordia* (nº. 12). Allí podemos leer: “La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al aniquilamiento de sí misma, si no se le permite *a esa forma más profunda que es el amor* plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones”. Así el Papa Benedicto nos dice que “un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza”. Sólo con Dios y en Dios puede haber verdadera esperanza, porque si no -continúa el Papa- “nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder -bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente- no siga mangoneando en el mundo” (SpS 42). “Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos” (SpS 43). A continuación nos dice el Papa una frase que debe incidir profundamente en nuestro ser, en nuestra alma y en nuestro corazón: “Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte a favor de la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre está hecho para la eternidad” (SpS 43).

Es por todo lo anterior por lo que el Papa nos insta a pensar en el Juicio no de manera terrorífica, sino con una imagen de esperanza. Ahora bien, sin caer en algunos pensamientos que ponen todo el protagonismo del Juicio en la bondad de Dios, dejando al hombre como mero espectador, sujeto paciente de la gracia divina. Se trata, por el contrario, de pensar en ese momento como un momento en el que, desde la justicia, se exigirá nuestra responsabilidad. Porque la gracia no oculta todo cuanto se ha hecho o lo cambia de signo convirtiendo lo malo en bueno. La justicia y la gracia no se excluyen la una a la otra. Quizá a nosotros nos cueste encontrar este equilibrio delicadísimo pero afortunadamente para nosotros, no le tocará al hombre ejercer de juez. Por esto nos dice el Papa: “al final los

malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada” (SpS n°. 44). Además de ser injusto se faltaría a la libertad del hombre para optar por su modo de vida. Aunque Dios se entristezca profundamente, no puede abortar la libertad del individuo que quiera negarle, que quiera oponerse a Él, que opte no por el amor sino por el odio, o por la venganza en lugar del perdón.

De igual manera habrá personas virtuosas en las que el brillo de la santidad divina en el amor a los hermanos haga que no podamos poner en duda su presencia en el seno de Dios: son los santos canonizados. Pero, como nos dice el Papa, ninguno de los casos anteriores habrán sido los mayoritarios a lo largo de la historia. Y en este estado intermedio se abre un nuevo camino para el amor: la petición de clemencia por las almas de nuestros semejantes que están en el camino de la presencia de Dios. Un estado al que nuestra tradición ha llamado purgatorio y en el que es posible que siga habiendo un intercambio de bienes espirituales. Es importante que seamos conscientes de que desde aquí podemos ayudar con nuestras oraciones y nuestros sufrimientos a nuestros seres queridos que aún necesitan de ellos; y en algún caso, hasta pedir u otorgar el perdón para el que nos faltó tiempo en la tierra.

VER. Partiendo de la vida

1. Buscar un hecho de vida en el que he eludido mi responsabilidad en algún momento, pensando, entre otras cosas, que Dios no nos lo tendrá en cuenta en un futuro.

2. Presentar algún hecho de mi vida en el que la esperanza puesta en el Juicio de Dios, me haya servido para seguir adelante y no abatirme ante una situación dura y difícil de mi existencia.

3. Mostrar algún momento de mi vida en el que la preocupación por la salvación de alguien cercano a mí me ha llevado a realizar algún hecho extraordinario que no hubiera realizado sin haber reflexionado en el Juicio que nos espera a todos.

4. Presentar un hecho de vida en el que, tras participar en el

sacramento de la reconciliación me he sentido tranquilo, a gusto, feliz al ser partícipe de la justicia y la gracia de Dios a través de este sacramento.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Desde la libertad y la “dureza de corazón” el hombre puede no aceptar a Dios, de lo cual responderá en el Juicio (*Lc16, 22ss*).

La verdadera recompensa y riqueza nos espera tras el Juicio (*Mt 16, 26*). *Jn 3, 17-21* es un canto a la esperanza del que obra según Dios.

En *Lc 23, 43* (el buen ladrón) tenemos la promesa del Paraíso de Jesús a una persona que implora el perdón a través de la fe.

El contenido del Juicio será la caridad, *Mt 25,31-46*; el Señor anuncia la recompensa a cada uno según sus acciones: *Ap 22,12-15*.

El apóstol Santiago nos recuerda que seremos juzgados en la misericordia: *St 2,12-13*.

B) Magisterio de la Iglesia

Podríamos decir que dos son los pilares del magisterio para este tema. Por un lado los números 668 al 679 del CCE, cuando se nos explica la parte del Credo que habla del Juicio. Sobre el juicio particular: CCE 1021-1022.

Por otro lado tenemos los números 41 al 48 de la encíclica *Spe salvi* que nos habla del Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza. Creemos que ambas lecturas son imprescindibles.

Es necesario comparecer ante el tribunal de Cristo antes de reinar con Él: LG 48.

En la exhortación *Reconciliatio et poenitentia*, se nos recuerda que

el confesor es juez y médico, imagen de Dios y que en el sacramento el penitente entra en contacto con la misericordia de Dios: RP 31,III.

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

En el compromiso de este tema debemos buscar el ir tomando conciencia de que nuestra forma de vivir será revisada ante Dios. Así pues debemos ponernos a trabajar sin más dilación en asemejarnos cada vez más a Nuestro Señor. No en vano, en el atardecer de la vida se nos examinará en el amor (San Juan de la Cruz). Nos puede ayudar el examen de conciencia diario, que la Iglesia recomienda antes del rezo de Completas.

Podemos revisar nuestra actitud ante el sacramento de la reconciliación. Si no lo hemos hecho ya, podemos fijarnos una periodicidad en la confesión. Si ya nos confesamos asiduamente, tal vez haya llegado el momento de plantearnos un paso adelante y pensar en la dirección espiritual, si no la tenemos todavía.

También podemos plantearnos un compromiso que nos lleve a preocuparnos de manera concreta por la salvación de nuestros hermanos. Para no “perdernos” podemos pensar en alguien en concreto y proponernos hablarle, acompañarle, aconsejarle o aquello que creamos más oportuno para despertar en él la conciencia de su salvación.

Como compromiso de grupo podemos proponer a nuestro párroco el organizar desde nuestros grupos una celebración comunitaria de la reconciliación, ayudando a dar la propaganda, seleccionar los textos, acondicionar el templo, etc.

TEMA 8 -

MARÍA, ESTRELLA DE ESPERANZA

“No temas, María” (Lc 1,30)

OBJETIVO

Tener a Santa María y a los santos como luz de esperanza que, a través del ejemplo de toda su vida nos enseñan a no tener miedo y a esperar siempre con los ojos puestos en Cristo.

INTRODUCCIÓN

Uno de los himnos con los que la Iglesia se dirige desde antiguo a Santa María comienza con las palabras Ave Maris Stella (“Salve, estrella del mar”). Para todo cristiano la Virgen María es un faro luminoso que orienta en el camino de la vida. María fue siempre la elegida de Dios. Y ella eligió decir “sí” a Dios, y dio a luz a Jesucristo, y estuvo junto a Él durante todo el trayecto de su vida. Ya desde que Jesús era muy pequeño María supo que este camino no iba a ser fácil, el propio Simeón ya le anunció en el templo de Jerusalén: “Este niño está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción. ¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!” (Lc 2,35). Pero, pese a saber que sufriría con su misión, esperó con humildad, valentía y fe, con la mirada siempre puesta en Cristo, su hijo.

Y por supuesto, como María esperaba, Cristo venció a la muerte y ella mejor que nadie conoce ese camino de salvación que trazó su hijo, junto a ella y los discípulos, y que ahora nosotros intentamos seguir. Pero, ¿cómo encontrar el rumbo en ese camino? A menudo viajamos en nuestra vida de noche, nos falta luz y es fácil perderse en el trayecto.

A menudo en este viaje que es nuestra vida nos encontramos con cuevas y curvas que nos hacen difícil el camino de cada día. A veces estas cuevas son realmente duras como la enfermedad, la soledad, la muerte de familiares queridos, y otras veces son pequeñas pendientes como el cansancio por el trabajo, la desilusión en los estudios, el

enfado con alguien a quien queremos...pero igualmente nos hacen sufrir y perder la esperanza. Es entonces cuando más necesitamos luz a nuestro alrededor, personas que nos rodean y que proyectan esta luz de Cristo en su interior, que nos acompañan y nos dan seguridad. Es bueno fijarse en estas personas que saben vivir con la alegría interior de saberse hijos de Dios.

María es para nosotros la señal más brillante, como esa estrella que siempre brilla, aunque la noche esté nublada, o te encuentres en medio de la ciudad y no puedas ver ninguna otra. María irradia la luz de la bondad, del amor incondicional, de la pobreza, de la confianza en el Señor, y mirándola a ella es imposible perderse, no podemos tener miedo. En su aparición en el cerro del Tepeyac (Méjico), la Virgen María respondió así a las dudas y temores de Juan Diego: “Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y te aflige, no se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra enfermedad ni angustia. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester? ”. Y estas tiernas palabras nos las quiere decir cada día María a cada uno de nosotros, que somos también sus hijos.

Junto al modelo de la Virgen María no podemos perder de vista en nuestra travesía a los santos, estrellas indiscutibles, a veces muy cercanas a nosotros en el tiempo y en las condiciones de vida. Nos enseñan a vivir con esperanza en toda circunstancia e iluminan también nuestro caminar. El Papa menciona de modo explícito cuatro nombres en la encíclica *Spe salvi*. En primer lugar nos habla de Santa Josefina Bakhita (1869-1947), esclava sudanesa durante años, maltratada hasta la saciedad en su juventud, que llegó a conocer a Cristo y terminó su vida como religiosa. Ella en su biografía alababa a Dios porque estos años de sufrimiento la condujeron a conocer la esperanza de sentirse realmente libre y amada por Él (cf.SpS 3). Otro ejemplo es el mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin, muerto en 1857, que transformó su sufrimiento mediante la fuerza de esperanza que proviene de la fe, aceptó su cruz, la muerte, y la convirtió en una acción de amor (cf.SpS 37). Un santo muy querido por Benedicto XVI es san Agustín de Hipona, que fue transmisor de la esperanza que viene de la fe en tiempos difíciles (cf.SpS 28-29). El siervo de Dios

Francisco Javier Nguyen van Thuan, contemporáneo nuestro (1928-2002), estuvo encerrado 13 años en prisión, 9 de ellos en régimen de aislamiento. Con la gracia de Dios pudo escribir algunas oraciones y mensajes a sus fieles, en los que siempre habla de la esperanza. Tras su liberación escribió numerosos libros, lo que le llevó a “ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza” (SpS 32 y cf. 34).

Ellos y muchos otros santos, como María, han llevado su cruz a cuestas, han seguido a Cristo, y hoy son estrellas en el cielo para nosotros, que nos enseñan a creer, a amar y a esperar en el Señor.

VER. Partiendo de la vida

1. Mostrar hechos de vida en los que haya sido luz de Cristo allí donde me encontraba; en mi trabajo, en la facultad, en mi familia...o por el contrario aquel momento en que escondía mi luz interior ante los demás.

2. Seguro que alguna vez han sido para mí luces de esperanza personas que tenía cerca como mis padres, profesores, amigos, algún sacerdote...; puedo describir brevemente cómo el testimonio de estas personas ha transformado mi esperanza.

3. Un hecho de vida puede ser alguno de los momentos en los que haya sentido miedo, haya vacilado, y cómo he experimentado la ayuda de nuestra madre la Virgen María que me ha dado esperanza.

4. También puedo exponer cómo la vida y el testimonio de algún santo ha iluminado algún aspecto de mi vida, en momentos de turbación o dificultad.

JUZGAR. Iluminación desde la fe

A) Palabra de Dios

Al pie de la Cruz María recibe a Juan como su nuevo hijo (*Jn* 19, 25-27) y después espera la vuelta de Jesús perseverando en oración junto con los apóstoles (*Hcb* 1,14). Al comienzo de su misión como

Madre de Dios, María es animada a no tener miedo: *Lc* 1, 30.

En el Apocalipsis se nos presenta la figura de la Mujer, amenazada pero victoriosa (*Ap* 12, 1-17), signo de María y de la Iglesia.

Nos alegramos con la esperanza de tener parte en la gloria de Dios incluso en las pruebas: *Rm* 5,1-11; *Hcb* 5, 40-42.

Jesús invita en muchas ocasiones a no tener miedo a las persecuciones, porque Él está con nosotros en cualquier circunstancia: *Jn* 14, 27; *Jn* 16,1-4; *Jn* 16,33.

Los mártires son quienes han perseverado con Cristo en la tribulación: *Ap* 6,9-11; 7,9-17.

B) Magisterio de la Iglesia

En los números 49 y 50 de la encíclica *Spe salvi* Benedicto XVI nos presenta la trayectoria de la Virgen María. En otros números nos habla de otros testigos de la esperanza: *SpS* 3. 28-29. 32 y 34. 37.

Todo el capítulo VIII de la Constitución dogmática *Lumen gentium* está dedicado a la Virgen María, quien ocupa “tal vez el lugar más próximo a nosotros” (LG 54). Ella ejerce sobre cada cristiano su maternidad espiritual (LG 61) y nos antecede con su luz (LG 68-69).

El culto a los santos supone tomar su vida como ejemplo y pedir la ayuda de su intercesión: LG 49-51.

La Virgen María es el icono de la Iglesia (CCE 971-972); Los discípulos de Cristo debemos recibirla como Madre (RMa 38-41) y cultivar nuestra dimensión mariana (RMa 45-46).

C) Testimonios de los santos (Ver Anexo II)

ACTUAR. Compromiso Apostólico

Este último tema debe ayudarnos a recurrir a la Virgen María para asentar nuestra esperanza. Por ello es importante que revisemos cómo es nuestra relación con la Madre de Dios y Madre nuestra, si la

trato con cercanía y afecto, cómo es mi devoción, en qué medida es para mí modelo de vida cristiana. El Papa Juan Pablo II nos ofreció en su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* muchas sugerencias concretas para “recuperar el tesoro” del rezo del Rosario (RVM 43).

Para poder seguir el ejemplo de tantos mártires y testigos de la fe, es necesario conocer sus vidas. Puedo leer sus obras, o alguna biografía, que me permita apreciar la esperanza que sostenía su vida.

Como grupo podemos preparar o colaborar en algún acto mariano en nuestra parroquia o diócesis, con el objetivo de profundizar en nuestra relación con la Virgen. Igualmente es bueno ofrecerse para revitalizar actos marianos que ya existen, como romerías o el rezo del rosario, tanto en la parroquia como en Acción Católica.

Muchas veces hace falta dar a conocer la figura de tantas personas que han permanecido fieles a Cristo en medio de la persecución o la dificultad. Podemos organizar en la parroquia el pase de alguna película o documental, o bien alguna charla sobre alguno de estos testigos y ayudar a que los relacionemos con nuestras propias dificultades como creyentes.

ANEXO II.
EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS

Tema 1

El primer encuentro

Discurso Beato Juan Pablo II, 24-II-1979. Jesús es la garantía de nuestra esperanza.

El hombre no puede vivir sin esperanza; todos los hombres esperan en alguien y en algo. Pero, por desgracia, no faltan abundantes desilusiones y tal vez se asoma incluso el abismo de la desesperación. ¡Mas nosotros sabemos que Jesús Redentor, muerto, crucificado y resucitado gloriosamente, es nuestra esperanza! «Resucitó Cristo, mi esperanza».

Jesús nos dice que, a pesar de las dificultades de la vida, vale la pena comprometerse con voluntad tenaz y benéfica en la construcción y en el mejoramiento de la “ciudad terrena” con el ánimo siempre en tensión hacia la eterna. El cristiano se entrega generosamente a la realización concreta del bien común, vence el propio egoísmo con el sentido de la solidaridad y con el esfuerzo por la promoción de todo lo que sirve para la dignidad y la integridad de la persona humana. La Iglesia es una comunidad de “servidores”, y cada cristiano debe sentirse llamado a hacer cada vez más bella, más unida, más justa la propia ciudad.

JUAN PABLO I, Aloc. 20-IX-1978

A todos los que esperan se puede aplicar lo que dijo S. Pablo de Abrahán: creyó, esperando contra toda esperanza (Rom 4, 8). Diréis todavía: « ¿cómo puede suceder esto?» Sucede porque se aferra a tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente, Dios es fiel a las promesas. Y es Él, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el Paraíso.

Toda mi esperanza estriba sólo en tu gran misericordia (SAN AGUSTÍN, Confesiones, 10)

El único motivo que te queda para gloriarte, oh hombre, y el único motivo de esperanza consiste en hacer morir todo lo tuyo y buscar la vida futura en Cristo (SAN BASILIO, Hom. 20, sobre la humildad).

Tema 2

La falsa esperanza

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Amigos de Dios, 208

Si transformamos los proyectos temporales en metas absolutas, cancelando del horizonte la morada eterna y el fin para el que hemos sido creados -amar y alabar al Señor, y poseerle después en el Cielo- los más brillantes intentos se tornan en traiciones, e incluso en vehículo para envilecer a las criaturas. Recordad la sincera y famosa exclamación de San Agustín, que había experimentado tantas amarguras mientras desconocía a Dios, y buscaba fuera de Él la felicidad: ¡nos creaste, Señor, para ser tuyos, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en Ti! (Confesiones 1, 1, 1). Quizá no exista nada más trágico en la vida de los hombres que los engaños padecidos por la corrupción o por la falsificación de la esperanza, presentada con una perspectiva que no tiene como objeto el Amor que sacia sin saciar.

SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 62

No somos cristianos por buscar una felicidad terrena, que a veces no les falta a los ladrones y criminales. Somos cristianos por buscar otra felicidad, que recibiremos enteramente cuando se termine esta vida del siglo.

CARD. J. H. NEWMAN, Sermón para el Domingo de Septuagésima: el juicio

Bienaventurados los que mueren en el Señor, pues sus obras les siguen (Ap 14). Las buenas obras nos siguen, las malas nos siguen; y ninguna otra cosa tiene valor, ninguna otra cosa es más que broza. El torbellino y la danza de los asuntos mundanos no es sino como el torbellino de la broza y el polvo, del cual nada resulta. Dura en el día, pero no se le encuentra a la noche. Y, sin embargo, cuántas almas inmortales gastan su vida en nada mejor que aturdirse en este torbellino de ideas políticas, de partido, de opiniones religiosas o de cómo ganar dinero, de todo lo cual nunca puede resultar nada.

¡Que necesidad tan grande es amontonar donde se ha de dejar, y no enviar allí donde se ha de ir! Coloca tus riquezas donde tienes tu patria (SAN JUAN CRISOSTOMO, en Catena Aurea).

San Benito Menni. Carta, 3 enero 1986

Cuando examinamos nuestra vida, los beneficios innumerables que recibimos y cuán frágiles somos, vemos que no nos queda más que reconocer la bondad de Dios y que solamente su infinita clemencia y misericordia es el fundamento de toda nuestra esperanza y nuestra alegría; porque Él se complace en favorecer a los que sienten su pobreza, su miseria, su indignidad y por esto no descansan en sí mismos ni se fían de sí, sino que todo su descanso está en Dios, Padre nuestro, que ha venido a buscar a los miserables, a las almas que se reconocen enfermas y lisiadas, que con serenidad dicen: Dios mío, de mí desconfío, en Vos confío, en Vos me abandono y en vuestros brazos descanso. Sin embargo, el Señor quiere que cooperemos a su gracia y que pongamos en práctica lo que podamos con su divino socorro y así recibiremos por nuestra fidelidad en las cosas pequeñas la abundancia de gracias también para las grandes.

Tema 3

Vida eterna, verdadera esperanza

San Agustín. De la Carta a Proba

Quien pide al Señor aquella sola cosa que hemos mencionado, es decir, la vida dichosa de la gloria, y esa sola cosa busca, éste pide con seguridad y pide con certeza.

Ésta es la única vida verdadera, la única vida feliz: contemplar eternamente la belleza del Señor, en la inmortalidad e incorruptibilidad del cuerpo y del espíritu.

En razón de esta sola cosa, nos son necesarias todas las demás cosas; en razón de ella, pedimos oportunamente las demás cosas.

Quien posea esta vida poseerá todo lo que desee, y allí nada podrá desear que no sea conveniente.

Allí está la fuente de la vida, cuya sed debemos avivar en la oración, mientras vivimos aún de esperanza.

Pues ahora vivimos sin ver lo que esperamos, seguros a la sombra de las alas de aquel ante cuya presencia están todas nuestras ansias; pero tenemos la certeza de nutrirnos un día de lo sabroso de su casa y de beber del torrente de sus delicias, porque en él está la fuente viva, y su luz nos hará ver la luz; aquel día, en el cual todos nuestros deseos quedarán saciados con sus bienes y ya nada tendremos que pedir gimiendo, pues todo lo poseeremos gozando.

Santa Teresa. Libro de su vida, cap 38

Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez, (tener una visión del cielo) como era de mucha caridad, hízome sacar joyas de oro y piedras, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes que apreciaban en mucho.

Ella pensó que me alegraran. Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiese procurar, tener en algo a aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Quedóme también poco miedo a la muerte, a quien yo siempre temía mucho. Ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios,

porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso.

También me parece me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber adónde hemos de vivir. Porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, esle gran ayuda, para pasar el trabajo del camino, haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso, y también para considerar las cosas celestiales y procurar que nuestra conversación sea allá; hácese con facilidad.

Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar el cielo recoge el alma; porque, como ha querido el Señor mostrar algo de lo que hay allá, estáse pensando, y acaéceme algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven, y parecerme aquéllos verdaderamente los vivos, y los que acá viven, tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos ímpetus. Todo me parece sueño lo que veo con los ojos del cuerpo, y que es burla. Lo que he ya visto con los del alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, éste es el morir.

Tema 4

Esperanza en comunión, la Iglesia

SAN LEÓN MAGNO, Sermón 4,2-3

Tú eres Pedro, esto es: “Yo soy la piedra inquebrantable, yo soy la piedra angular que hago de los dos pueblos una sola cosa, yo soy el fundamento fuera del cual nadie puede edificar; pero también tú eres piedra, porque por mi virtud has adquirido tal firmeza, que tendrás juntamente conmigo, por participación, los poderes que yo tengo en propiedad”. Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y los poderes del Infierno no la derrotarán. “Sobre esta piedra firme quiere decir edificaré un templo eterno, y la alta mole de mi Iglesia, llamada a penetrar en el cielo, se apoyará en la firmeza de esta fe”.

Los poderes del infierno no podrán impedir esta profesión de fe, los vínculos de la muerte no la sujetarán, porque estas palabras son palabras de vida. Ellas introducen en el cielo a los que las aceptan, hunden en el infierno a los que las niegan.

SAN AMBROSIO, Carta 2,1-2

Es cosa normal que, en medio de este mundo tan agitado, la Iglesia del Señor, edificada sobre la piedra de los Apóstoles, permanezca estable y se mantenga firme sobre esta base inquebrantable contra los furiosos asaltos de la mar (cfr. Mt 16,18). Está rodeada por las olas, pero no se bambolea, y aunque los elementos de este mundo retumban con un inmenso clamor, ella, sin embargo, ofrece a los que se fatigan la gran seguridad de un puerto de salvación.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. antes del exilio.

La nave de Jesús no puede hundirse [. . .]. Las olas no quebrantan la roca, sino que se tornan ellas mismas espuma. Nada hay más fuerte que la Iglesia. Deja, pues, de combatirla, para no destrozar tu fuerza en vano. Es inútil pelear contra el cielo. Cuando combates contra un hombre, o vences o eres vencido; pero si peleas contra la Iglesia, el dilema no existe. Dios es siempre más fuerte.

SAN AGUSTIN, Sermón 63,4

El vendaval que sopla es el demonio, quien se opone con todos sus recursos a que nos refugiemos en el puerto. Pero es más poderoso el que intercede por nosotros, el que nos conforta para que no temamos y nos arrojemos fuera del navío. Por muy sacudido que parezca, sin embargo, en él navegan no sólo los discípulos, sino el mismo Cristo. Por eso no te apartes de la nave y ruega a Dios. Cuando fallen todos los medios, cuando el timón no funcione y las velas rotas se conviertan en mayor peligro, cuando se haya perdido la esperanza en la ayuda humana, piensa que sólo te resta rezar a Dios. Quien de ordinario impulsa felizmente a puerto a los navegantes, no ha de abandonar la barquilla de su Iglesia.

Santa Maravillas de Jesús. Cartas, 2657 y 2735

¡Qué buenísimo es nuestro Cristo! ¡Qué hermosísima es su Iglesia!

¡Qué hermosísima es nuestra Religión y cómo nuestro Dios la ha hecho como sólo Él podía hacerla, tan llena de amor a sus criaturas! De amor y de amistad.

Tema 5

La oración, escuela de esperanza

Acto de confianza de San Claudio de la Colombière

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna a quien de Ti espera todas las cosas, que he determinado vivir en adelante sin ningún cuidado, descargando en Ti todas mis preocupaciones. “En paz me duermo y en seguida descanso, porque Tú, Señor, me has confirmado singularmente en la esperanza” (Sal 4, 10).

Despójeme los hombres de los bienes y de la honra, príveme las enfermedades de las fuerzas e instrumentos de servirte, pierda yo por mí mismo la gracia pecando; que no por eso perderé la esperanza, antes la conservaré hasta el último suspiro de mi vida, y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela, porque con tu auxilio me levantaré de la culpa.

Aguarden unos la felicidad de sus riquezas o de sus talentos; descansen otros en la inocencia de su vida, en la aspereza de su penitencia, en la multitud de sus buenas obras o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí, toda mi confianza se funda en la seguridad con que espero ser ayudado de Ti -“porque Tú, Señor, me has confirmado singularmente en la esperanza”- , y en el firme propósito que tengo de cooperar a tu gracia.

Confianza como ésta, jamás a nadie salió fallida: “nadie esperó en el Señor y quedó confundido” (Sir 2,11). Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque Tú, Dios mío, eres de quien lo espero todo: “en Ti, Señor, he esperado, no quede avergonzado jamás” (Sal 30, 2; 70,1).

Bien conozco que, por mí, soy frágil y mudable; sé cuanto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme. Mientras espere de veras, estoy a salvo de toda desgracia; y estoy cierto de que esperaré siempre, porque espero también esta esperanza invariable.

En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que haya esperado. Por tanto, espero que me sostendrás firme en los riesgos más inminentes y me defenderás aun de los ataques más furiosos y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos.

Espero que me amarás a mí siempre, y que yo te amaré a Ti sin intermisión. Y para llegar de un vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, te espero a Ti mismo, oh Creador mío, para el tiempo y la eternidad. Amén.

Tema 6

El aprendizaje de la esperanza: actuar y sufrir

Discurso del Beato Juan Pablo II, 24-II-1979

El sufrimiento es una realidad terriblemente verdadera y tal vez incluso atroz y desgarradora. Dolores físicos, morales, espirituales afligen a la pobre humanidad de todos los tiempos. Debemos estar agradecidos a la ciencia, a la técnica, a la medicina, a las organizaciones sociales y civiles, que tratan por todos los medios de eliminar o, al menos, aliviar el sufrimiento; pero siempre queda victorioso y la derrota pesa sobre el hombre afligido e impotente. Aún más, parece casi que a un mayor progreso social corresponde un retroceso moral, con la consecuencia de otros sufrimientos, miedos, inquietudes.

El sufrimiento es también una realidad misteriosa y desconcertante. Pues bien, nosotros, cristianos, mirando a Jesús crucificado encontramos la fuerza para aceptar este misterio. El cristiano sabe que, después del pecado original, la historia humana es siempre un riesgo; pero sabe también que Dios mismo ha querido entrar en nuestro dolor, experimentar nuestra angustia, pasar por la agonía del espíritu y el desgarramiento del cuerpo. La fe en Cristo no suprime el sufrimiento, pero lo ilumina, lo eleva, lo purifica, lo sublima, lo vuelve válido para la eternidad.

¡En cualquier pena nuestra, moral o física, miremos al Crucificado!
¡Reine el Crucifijo bien visible y venerado en vuestras casas! ¡Sólo Él nos puede confortar y sosegar! ¡Amemos al Crucifijo como quería vuestro gran teólogo y Doctor de la Iglesia, San Alfonso María de Ligorio!

CARD. J. H. NEWMAN, Sermón para el Domingo IV después de Epifanía.

Observáis que cuando vino la tormenta los discípulos estaban muy angustiados. Pensaban que alguna gran calamidad se les aproximaba.

Por esta razón, Cristo les dijo: ¿Por que teméis? Esperanza y miedo son opuestos; temían porque no esperaban:

Esperar es, no sólo creer en Dios, sino creer y estar ciertos de que nos ama y desea nuestro bien; y por esto es una gran gracia cristiana. Pero la fe sin esperanza no basta para llevarnos a Cristo.

Los diablos creen y tiemblan (Sant 11). Creen, pero no van a Cristo porque no esperan, sino desesperan.

SAN FRANCISCO DE SALES. Textos varios.

“Hay que morir antes de ofender consciente y deliberadamente a Nuestro Señor; pero, si llegamos a caer, hay que perderlo todo antes que perder el ánimo, la esperanza y la resolución”.

“Es preciso que de ninguna manera os desaniméis, sino que con un valor lleno de paciencia, emprendáis con calma y cuidado el trabajo de curar vuestra alma de las heridas que en los ataques haya recibido”.

“Es preciso tener un ánimo invencible para no cansarse de nosotros mismos, porque siempre tendremos algo que rectificar o que cortar”.

“La desconfianza que sentís hacia vos misma es buena, siempre que os sirva de fundamento para la confianza que debéis tener en Dios; pero, si alguna vez os llevase al desaliento, a la inquietud, disgusto o melancolía, os conjuro a que la rechacéis como la mayor de las tentaciones, y no permitáis jamás a vuestro espíritu discutir ni protestar a favor de la inquietud o del desaliento del corazón al que os podáis sentir inclinada... ni siquiera con un falso pretexto de humildad”.

Tema 7

El juicio de Dios es esperanza

SANTA TERESA (Camino de perfección 40,8)

Plegue a Su Majestad que nos le dé a entender antes que nos saque desta vida, porque será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras podemos ir con el pleito de nuestras deudas. No será ir a tierra extraña, sino propia; pues es a la de quien tanto amamos y nos ama.

JUAN PABLO II, Audiencia general, 8-XI-1978

Todo hombre vive y muere con una cierta sensación de insaciabilidad de justicia, porque el mundo no está en condiciones de satisfacer hasta el fondo a un ser creado a imagen de Dios, ni en la profundidad de su persona ni en los diversos aspectos de su vida humana. Y así, mediante este hambre de justicia, el hombre se abre a Dios, que “es la justicia misma”. Jesús, en el discurso de la montaña, lo expresó de forma muy clara y concisa cuando dijo: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

SAN AGUSTIN, Sermón 194

Aquellos tesoros de sabiduría y ciencia, aquellas riquezas divinas, son llamados así porque ellos nos bastaran. Y aquella gran bondad es llamada así porque nos saciara. Muestranos, pues, al Padre, y eso nos bastara. Ya en uno de los salmos, uno de nosotros, en nosotros y por nosotros, le dice al Señor: Me saciaré cuando aparezca tu gloria [. . .]. Cuando se vuelva a nosotros, nos mostrará su rostro; y seremos salvados y quedaremos saciados, y eso nos bastará.

Cuanto más ames más subirás (SAN AGUSTIN, Coment. sobre el Salmo 83,10)

Concurrirán también (al juicio universal) todos los ángeles, para dar testimonio ellos mismos del ministerio que ejercieron por orden de Dios para la salvación de cada hombre (SAN JUAN CRISÓSTOMO, en Catena Aurea, vol. III, p. 238).

Tema 8

María estrella de esperanza

SAN BERNARDO (La Virgen Madre)

Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de la tentación, mira a la estrella, llama a María.

Si te agitan las olas de la soberbia, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María.

Si la ira, la avaricia o la impureza impelen violentamente la nave de tu alma, mira a María.

Si turbado con la memoria de tus pecados, confuso ante la fealdad de tu conciencia, temeroso ante la idea del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María.

En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María.

No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud.

No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas.

Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si Ella te ampara.

